

II

NO JURAR...

R. 41. 747



MARTÍNEZ BARRIONUEVO

EL DECÁLOGO

II

NO JURAR...

NOVELA ESPAÑOLA

BARCELONA

Imprenta de «La Ilustración Ibérica»

CORTES, NÚMS. 365 A 371

1888

ES PROPIEDAD



NO JURAR...

I

HACE algunos días solamente que conozco á V. La vi en la Carre-
ra de San Jerónimo el penúltimo
día de la semana anterior: esto es, el
viernes santo. Iba yo muy absorto,
buscando en la imaginación asunto
para una novela; mejor dicho, el
desenlace, que el asunto lo tenía
ya. Tampoco estaba seguro aún de
cómo había de presentar el tipo de mi
protagonista. Deseábala unas veces
rubia, de ojos azules, lánguida y fría
como una miss; ardiente otra, apasio-

nada, de carácter arrebatado y explosivo, generosa, franca, propicia á lo bueno y á lo malo; pero ninguno de estos dos tan distintos caracteres me acababa de convencer.

La multitud era grande con motivo de la festividad religiosa: componíase de damas, principalmente. Iban á visitar los templos, y en las iglesias y en las calles vi muchas mujeres hermosísimas; pero ninguna de aquellas mujeres, exteriormente á lo menos, me daba el tipo soñado. Vi á V. entrar en una casa de la Carrera de San Jerónimo: *sólo la vi por detrás*, é instintivamente comprendí que había parecido lo que con tanto afán buscaba. ¿Me engañaría? Quise convencerme y esperé. Salió V. á poco; y, en efecto, la que salía de aquella casa era la mujer arrogante, airosa, de ojos negros, magníficos, luminosos, llenos de vida. Cref que toda la juventud exuberante de V.

se le desbordaba por aquellos ojos que nunca he de olvidar.

Comparé su belleza con su elegancia y donosura, y resultó de los dos elementos unidos un conjunto aéreo y vago, inexplicable para mí, entonces, que ponía en mi memoria el recuerdo de la espiritual estética de la parisiense, con mucho de la gallardía y desenvoltura de la gitana de mi país, esa gitana de ojos y labios de fuego, emblema de aquel sol que calcina y aquellas flores que embriagan como el canto de amor.

Poco había que decir de su atavío, oculto por completo en el largo impermeable; pero vi el pie, no muy corto, estrechísimo, calzado con primor; vi el borde de la rica falda de terciopelo negro; subí después, con la idea, adivinando la cintura, el busto; la garganta la vi un poco, y contemplé ya perfectamente el hermoso cabello ne-

grisimo, desbordándose por detrás en caracolado y sedoso, como eslabones de cadenas negras para sacar del abismo á las almas pecadoras. Vi su rostro pálido y serio, adusto casi; y me alegré sobremanera: seguía V. siendo el tipo de la mujer soñada. ¿Hay cosa más atractiva para los ojos de un hombre que una mujer pálida y seria? Vi orgullo en su rostro, valentía, la arrogancia indomable del luchador, y creí morirme de felicidad, soñando en la expresión que tomaría cuando se animase al sentir el hálito ardiente del hombre querido; vi que era V. apasionada, generosa: todo aquello me lo decían sus ojos, sus labios, los detalles característicos de sus facciones. Anduve detrás de V. para seguir observándola: quería oír su voz: el timbre de un acento, nos suele revelar en ocasiones algo también de la complexión moral del individuo.

Entrábamos en una y en otra iglesia: de la calle del Arenal á la del Carmen, Montera, después Alcalá, y así sucesivamente. Ya recordará V. lo que ocurrió en una de las iglesias con aquellos hombres que la seguían; un suceso desagradable que me indignó. No quise intervenir directamente en el asunto, porque me pareció que pertenecía esto al joven que tan de cerca la acompañaba. Os creí á los dos en inteligencia, lo digo francamente. Oí al fin su voz de V. Fué colérica y amenazadora, amonestando al importuno que la molestó: hizo un efecto muy extraño su palabra, allí, entre los fieles, al resplandor de las luces, en el silencioso retiro de la oración y la humildad. Yo la disculpé al instante por la indignación que le produjera lo que hizo aquel hombre. No sé lo que hizo, porque no pude verlo: no lo pregunté tampoco, porque no lo creí oportuno.

Pero si aquel otro acompañante próximo,—á quien no pretendo ofender;— si aquel otro acompañante, mudo siempre, de color terroso (en eso se parece á mí), de ojos grandísimos y fulgurantes, macilento, con algo de fantasma y algo de sombrío; si aquel acompañante amaba á V.; ¿cómo no intervino y puso corrección á las extravagancias del majadero?

Pasó así, y seguimos de iglesia en iglesia. Llegamos á una donde tuvo lugar otro incidente, sin resultados penosos para V. como el anterior, y muy agradables para mí. Estábamos muy próximos, y V. no se dió cuenta de que hubo un momento en que su rostro rozó casi con el mío, pasando entonces ardientes relámpagos por mis pupilas. Me expliqué luego la causa, muy conmovido: eran las luces de los cirios del altar, que habían arrancado estrellas á sus ojos de V. La vi arrodillarse; y cuan-

do dobló la cintura un poco, me pareció un arco de luz que se quebraba. ¿Por qué sentía yo aquellas impresiones extrañísimas ante una mujer á quien nunca vi hasta entonces? Ayudó quizás á ello, la otra impresión de los ceremoniales religiosos. Había poca gente en la iglesia; estaban oscuras las naves; en algunos sitios manchas de un sol pálido al que quitaban su pureza los cristales de colores: era todo sombrío: hasta me pareció más triste el cuerpo de Jesús crucificado y tendido en medio de la nave central, en fúnebre paño mortuario.

Su cabeza de V. se destacó en aquel momento, con vaguedad, en la penumbra. Permanecía V. arrodillada, con los ojos fijos algunas veces, no sé donde: no quiero acordarme cuando pienso que los fijaba V. en los ojos del acompañante fantasma. Si me equivoco, si V. miró á los santos solamente,

muchísimo mejor: recibiré con alegría muy grande el castigo que se me imponga por haberme equivocado. Terminó V. de visitar las iglesias y se metió en su casa muy diligente: lo sentí, porque dejé de verla. Hacía muchas horas que se perdió V. á mi vista, y aun estaba yo con el pensamiento lleno de aquella mujer agradable. Aunque V. no lo crea, sentíame rodeado de extrañísimo y agradable perfume. Era una cosa vaga, indefinible, girando en mi redor en vuelo silencioso é impalpable como el de los espíritus de los nuestros cuando bajan y nos acarician y nos conmueven, en esas horas de melancolía en que el sol traspone y es más puro el cielo y más lozano el verdor de la pradera.

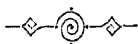
Todo esto sentía yo en mí, oprimiéndome el corazón y dándome fortaleza á la vez, anegando mi alma en inexplicables sensaciones, como ahora

mismo sucede, é iluminándola luego en voluptuosa luz, á cuyo centellear flamígero creí ver todavía, allá, en un extremo de la nave, el rostro pálido, los grandes ojos, el arrogante busto, el sedoso pelo cogido atrás con sencillez en rica peina de concha, el gorro oscuro de terciopelo y el gran lazo níveo á la izquierda contrastando con su negrura.

Y, para concluir, me despido de V. respetuosamente, tomándome la libertad de dirigirle estas palabras aún: que esto no puede quedar así; que el tipo de mi novela pareció; que es necesario que V. me autorice á comenzarla con estas líneas, y á que la continúe con las que V. me mande, si esa honra tengo; que estoy ansioso de saber quién es V.; que no quiero preguntar á ninguno por no poner su querido nombre en boca de nadie, razón por la cual y, como pago, á V. co-

rresponde decírmelo; y que pongo mi
alma en el beso que doy en su mano.

ANTONIO DE LA VEGA





II

A otra mujer hubiera V. parecido muy original, escogiendo la forma de su carta para dirigirse á ella: le hubiese contestado, curiosa de saber hasta dónde V. llegaba, habiéndole V. servido de distracción, en resumen.

A mí me ha parecido V. otra cosa de lo que hubiera visto cualquiera de mi sexo, juzgando de lo que se desprende de su carta. Soy joven todavía, pero conozco algo el corazón. Además, creo en los presentimientos: yo he sentido, con la lectura de su

carta, que tiene V. corazón generoso é impresionable; que es V. soñador, aunque no quiera serlo; que le gusta lo misterioso y lo extraño; y que en el fondo, en fin, es romántico sin apelación, aunque pretenda engañarse á sí mismo con ese tono rudo y esa afectada ligereza. Es decir, que su carácter se parece un poco al mío. Porque creo comprenderlo, me decido á contestar á V.; no para solucionar esas tonterías de si le autorizo ó no á que encabece con mis cartas su novela, sino demostrándole mi gratitud por su fina lisonja.

Hay, además, un punto culminante que me induce á escribir á V.: nobleza obliga. El que no haya V. querido preguntar á nadie por mí, por no poner mi nombre en boca de nadie, es quizás, entre todo lo de su carta, lo que más me alegra. Seguramente que sin eso hubiera pasado en alto para mí

lo de la persecución de aquellos tontos, lo que me dice del hombre espectro y todo lo restante de sus simpatías á mí con las alabanzas de mi hermosura, esta hermosura que habéis dado los hombres en que sea sobrenatural, y de la cual yo reniego, maldiciéndola con toda la rabia y el odio de mi corazón.

En fin: yo no sé si hago bien ó mal escribiéndole; yo no sé si está dentro ó fuera de lo conveniente. No lo sé, repito, ni quiero saberlo tampoco: á nadie tengo que dar cuenta de mis actos, y soy caprichosa, además: me gusta hacer lo que me propongo, aunque me cueste una desazón: sufro las consecuencias si alguna mala puede tener, pero no me arrepiento nunca de lo que hago. Juzgándome á mí misma, creo en algunas ocasiones que soy mala por estas ideas extravagantes que me suelen acometer: una de ellas, fué

salir sola el día de semana santa á que alude; otra, escribir á V. hoy. ¡Qué he de remediarle! Me cogió así: siempre me ocurre lo mismo. Como yo comprenda que hago mal, procuro dominarme y lo hago peor: la prohibición que me impongo hace que me rebele contra mí, obrando entonces en contraposición y á sabiendas. Cuando me miro al espejo, me parece que no soy yo la imagen que se refleja. Hay dos mujeres en mí: una juiciosa, instruída, grave, que ha nacido con todas las santas y nobles prerrogativas necesarias á la mujer para que cumpla su misión en el mundo; otra, violenta, despreocupada, ignorante, frívola, sin instrucción. Una de las cualidades más salientes de mi otra yo, es la superstición. Yo misma quiero combatir ese triste defecto, el que más me desagrada; pero ya sabe V. lo que ocurre cuando quiero corregirme en algu-

na cosa: sucede todo lo contrario.

Digo todo esto, para que me conozca. Quería V. un tipo, un carácter: yo se lo estoy describiendo: vea si le conviene. V. podía ver mis ojos, mi boca, mi cintura, mi sombrero y su lazo: todo lo podía V. ver; pero lo que yo le dije antes, no lo hubiera V. visto nunca, me lo figuro así. En lo exterior es y se ha equivocado: ¡cómo no se equivocaría hablando de mi alma y hablando de mi pensamiento! Sí: se equivocó V.: ninguna cintura de mujer parece un arco de luz quebrándose. Esas son exageraciones de andaluz y equilibrios de estilista. Pero, en fin: yo no voy á eso, y no le criticaré, siquiera porque ha hablado en honor mío.

De otro símil de su carta de V. me acuerdo ahora: me hizo pensar mucho eso; la exactitud de sus frases creyendo que tenía yo algo de francesa y

algo de gitana de su país. Ha de saber V. que mi madre era parisiense legítima. Casó allá con un español rico, agregado á la embajada. Hallábase ya algo enfermo, dejó la carrera, volvió á España, y, con objeto de restablecerse, se instaló en Andalucía. Se restableció, en efecto; y como á mi madre gustó mucho aquella tierra bendecida de flores y misterios, quedáronse instalados en una finca de su propiedad poco distante de Córdoba. Allí nací yo, y allí murieron mis padres con un intervalo de dos años... No hablaré más de esto.

No tenía mi padre parientes ningunos. Fuí á París con mi abuela materna. Allí me eduqué; allí estuve en un convento seis años; la pobre abuela, viuda ya desde hacía mucho, murió también. Quedé á los diez y ocho años sin pariente ninguno, rica y hermosa, con esta malhadada hermosura que

tanto disgusto me da. Querían las buenas madres que profesara, y cuando me lo dijeron creí volverme loca de horror, y eso que soy cristiana; pero no pude remediarlo: me horroricé.

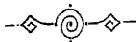
Salí del convento, fuíme á vivir con una anciana y pobre señora que fué amiga de mi abuela, y es la que me acompañó desde entonces á todas partes y me acompaña aún, porque me aficioné grandemente á viajar. Libre completamente, sin freno ninguno en mi voluntad, en mis caprichos ó en mis extravagancias, fueron desarrollándose mis defectos asombrosamente, y, entre todos, el que me domina aún y me dominará. Contribuyó á eso un hombre, y en este punto debo hablar á V. de ese desgraciado acompañante fantasma á quien V. alude de una manera que he sentido mucho, porque me pareció irónica.

Ese hombre nació en un valle pró-

ximo á Cotton Hill. Su apellido Walker, muy renombrado en Escocia, es el nombre que tiene el lugar donde nació. Huérfano como yo, siendo muy niño, en fantásticos viajes y en caprichos de verdadero loco, disipó toda su fortuna. Sus abandonadas tierras se las disputaron con rabia unos deudos, y él quedó en el abandono y en la miseria casi. Conocíle yo en sus días de prosperidad, viajamos juntos algún tiempo, yo fui después por su país, y volvimos á vernos. Me amó y yo le amé, pero con un amor extraño: procurando definir la impresión que por Walker sentía. Me estremezco, no sé si de felicidad ó de pavor. Figúraseme que es de lo último; pero he llegado en mi relación á una parte, la más difícil. No me arrepiento de haber empezado: no obstante, se lo confieso con franqueza, me disgusta y me entristece hablar de ello. No sigo,

pues, ofreciéndole continuar cuando me coja propicia. No sé cuando será, aunque presumo que muy pronto. Cuando hay compromiso de llevar á cabo una mala empresa, necesitase concluirla pronto para olvidarla luego. Reciba, entretanto, la expresión sincera de mi gratitud, y confie en la palabra de

EMILIA SALAZAR





III

SERÁ posible todo eso? ¿Una tan gran historia tiene ya su corazón, y un tan extraño carácter es el de V.? Estoy sorprendido, y parece como que mi pensamiento se deslumbra con esplendores misteriosos. Yo tengo en V. una confianza ciega: si algo hubiera yo deseado en V. que me acabase de enamorar, sería su carta. La he tenido: ¿qué más podría pedir? Yo, sin embargo, le ofrezco solemnemente no hablar nunca de amor sin que V. me lo permita; y es la prueba más grande que puedo dar de

mi respeto á V. y de que soy acreedor á la confianza que me ha manifestado.

Puede que tenga V. razón en eso de que yo soy romántico y quiera engañarme á mí mismo. Yo soy de parecer, no obstante, que el romanticismo y el naturalismo y todo lo demás, es un embrollo horrible, y que no hay escuela más hermosa que la que haga latir el corazón del hombre á impulsos de los grandes sentimientos.

No es ahora ocasión de extenderme sobre este punto; no es de interés, ni mucho menos, comparado con otro, cualquiera de aquellos á que se refiere en su carta. Resumiendo, en fin, y contestando de una vez á toda, le pido una entrevista. No le sorprenda, yo se lo suplico: recuerde V. la palabra que más arriba le di de no hablarle de amor si no me lo permite. V. sufre teniendo que escribir lo que ofrece contarme. No lo escriba, pues: dígamelo

verbalmente: se evitará las grandes molestias de escribir todo ese relato, y cuando se desanime tendrá la frase consoladora que sepa dictar un corazón amigo. Yo, en cambio, la conoceré á V. Si después de habernos visto debemos seguir tratándonos, nadie lo podrá impedir: si nos separamos con una mala impresión respectiva, nadie podrá impedirlo tampoco.

Es todo cuanto tengo que decir á V. ahora, y espero que V. decida.

A. DE LA VEGA

Después de escrita esta segunda carta, estuvo Antonio indeciso.—¿La debo mandar?—se preguntaba.—¿Cometeré un error?—Y seguía en su incertidumbre.

—Oye, Pedro,—dijo á un criado que entró en aquel punto;—¿qué te parece? ¿La mando ó no?

Pedro quedó mirándole con asombro: un asombro que hizo reir á su amo, porque Pedro,—para que Vds. lo sepan,—era feísimo, y cualquier gesto suyo hacía aparecer horrible.

—Vamos, contéstame: ¿la mando ó no la mando?

—Pero ¿qué va V. á mandar, señorito?—Antonio había guardado la carta y no la veía Pedro.

—No te importa.

—Y ¿á quién se la va V. á mandar, señorito?

—No te importa tampoco. Contesta pronto ó te doy un puntapie.

Se retiró Pedro á honesta distancia cuando oyó el ofrecimiento, se rascó la cabeza sin saber qué decir, quedó luego como si reflexionara profundamente, y exclamó, por último, con mucha gravedad:

—Mándela V., señorito.

—Bien, llévala: tiene la dirección.

Salió Pedro, haciéndose cruces de las tontadas de su amo. Antonio, por su parte, quedó muy pensativo, preguntándose interiormente si era verdad que se parecía en algo á la Emilia de la historia.

Quedó mucho tiempo metido en tales ideas, y se confesó, al fin, francamente, que estaba enamorado; que nunca, hasta entonces, había comprendido lo que era amor...

Dió otro curso, de repente, á sus reflexiones.—Bueno, estoy enamorado, perdido. No se me ocurrió nunca la idea de que tal cosa pudiera suceder: sucedió. Hay que precisar ante todo: ¿Puedo yo casarme? ¿Me permite mi posición comprometerme en semejante empresa? Ya sé, además, que mis libros me dejarán sin dos reales como continúe escribiéndolos. Luego este agujero está cerrado: hay que convenir, modestamente, en que el fruto ma-

terial de mis obras literarias han de contribuir bien poco á que yo pueda realizar mi sueño. Bien. Me queda mi madre. Su fortuna no es gran cosa; pero si yo le prometo entrar en caja, casándome, perfectamente me podría crear una renta, no grande, eso no, pero lo suficiente para vivir con algún desahogo. Añádase á esto los trabajos que yo pueda emprender: no siendo literarios, seguramente ganaré alguna cosa en ellos, y ahí se tiene ya resuelta la cuestión capital... Vamos á otra cuestión: yo soy un tonto, simple, y me dejo llevar de mis impresiones primeras...

Se levantó en este punto, cogió el abrigo y salió á la calle...—Yo me dejo llevar de mis impresiones primeras. Aunque me gusta hermanar, siempre que puedo, lo que el sentido práctico ordena con lo que de pronto el corazón hace, sucede que no en todas ocasio-

nes logro mi gusto; que el sentido práctico rueda por los suelos y el corazón retoza y hace de las suyas como un loco... Porque, vamos á ver: á mí ¿quién me manda escribir esos cartapacios, llenos de palabras melosas, y de párrafos ardientes, y de ideas extrañas, á una mujer á quien no conozco? Eso es: ahora me encuentro con que esa mujer resulta otro tipo como yo lo soy, con sus enrevesamientos, y sus caprichos y supersticiones... Ese endiablado Pedro pudo muy bien decir que no mandase la segunda carta, y seguramente no la hubiera mandado. ¡Mal-hayan estas preocupaciones mías! ¡Soy un ridículo y un necio! ¿Por qué demonios pregunto yo á Perico lo que sería más conveniente? ¿Acaso ese avestruz lee el destino y el porvenir en las estrellas? ¡Vaya un augur simpático, con sus ojos saltones, y su nariz remangada, y sus pelos de jabalí,

y sus cejas unidas como dos arcos de un puente!

Andaba Antonio con lentitud; y de esta manera, andando y reflexionando, seguía por la calle del Arenal hacia la Puerta del Sol. Cortaba el frío los huesos, y al pobre Antonio, sin embargo, le parecía abrasarse. Eran las diez de una noche de febrero de este mismo año.

No puede así quejarse el lector de que no le cuento muy recientes historias. Salió de su abstracción Antonio al sentir un golpe en un brazo. Se volvió para responder con otro al importuno: hallábase colérico, porque le molestó bastante, y tuvo que reprimirse, á su pesar, viendo quien le había tan cortesmente sacado de sus meditaciones. Era un revendedor de Es-lava.

Iba á ponerle como chupa de dómí-ne, llamándole bruto, mal educado y

otras cosas que no digo; pero pasó por su cerebro, como una raya luminosa, el nombre de Emilia, y miro al revendedor benévolamente. Ante el influjo repentino que el recuerdo de la mujer amada ejerció en su idea, todo le pareció entonces sencillo y bueno: como el Levine de Tolstoï, antes de su matrimonio, halló que todas las personas le sonreían en aquel instante; que le miraban complacidos las señoras y los hombres que iban por las calles; las luces tenían más brillantez que las otras noches; los escaparates estaban mejor adornados; el rodar de los coches tenía un ruido que no era tampoco igual á otras veces. No supo en qué pensaba creyendo que el revendedor le había dado un testarazo para llamarle. No: había sido muy cortés.

A todo esto, el revendedor de Eslava no cesó de hablarle calladamente al oído, como si estuviera haciendo la

revelación de algún suceso horrible, de alguna cosa grande, asombro y misterio de la humanidad. Aquella voz callada ó lenta, decía una y otra vez:

—Señorito, butacas muy buenas; butacas al mismo precio que en el botiquín.

¡Qué buen hombre parecía el revendedor! Tomó localidades y entró en Eslava.

No estoy seguro: me parece que hacían *Los callejeros* y *Los inútiles*. Esto no le pudo distraer, aunque gustó mucho siempre de las piezas mencionadas, de la ingeniosa facundia de Perrín y Palacio, y no menos de la desenvoltura y chispa de Pepe Cuesta, ese andaluz jocoso y dicharachero, prez y gala en la clase, de lo que mandó á Madrid *la tierra*.

No dejó Antonio de pensar un momento en lo que Emilia pudiera contestar á su carta segunda. Alegrábase

prematuramente á la suposición de que no le contestase, comprendiendo, á la vez, que iba á sufrir mucho con la negativa. Era gran amigo de Julio Ruiz: gustaba de su trato y de sus ocurrencias; y, no obstante, aquella noche no le sacaron de su ensimismamiento, los dengues y musarañas que desde el escenario le hacía con la *sans façon* de costumbre.

Era la de Antonio, ahora, una abstracción bien diferente: con el recuerdo de Emilia, iba mezclado el del hombre fantasma; aquel hombre cetrino de color, de mejillas hundidas y grandísimos ojos fulgurantes, con relámpagos de fiebre. Recordaba los ojos de Walker con cierta inquietud: parecíale aquélla inquietud de celos, pero se equivocaba. Había en el corazón de Antonio algo de esa sensación espeluznante y fría que experimentamos al tocar un muerto. Al recordar los fe-

briles ojos clavados interiormente en la dulce figura de Emilia, arrodillada en la iglesia, parecíale á Antonio, aquel hombre extraño de quien se burló antes, un mefistófele sombrío, clavando la sangrienta pupila en el alma que quería perder.





IV

SALIÓ del teatro con alguna más animación, y anduvo á la ventura por muy desiertas calles. No ha sabido él nunca decir qué calles fueron. Bien pronto aquella animación fué extinguiéndose. Volvía á su recuerdo, tenaz y candente, la imagen de Emilia, con sus grandes hechizos, y aquella blancura, sobre todo, haciéndola asemejar á un cadáver. Aunque lo creáis inverosímil, este era el atractivo que más le seducía en la persona de su amada.

Detúvose Antonio de repente, y

tomó el camino de su habitación muy presuroso. Pensó que muy bien podría haber dado Emilia la respuesta aquella misma noche.—¡Oh, Dios! ¿Qué hice? ¡Y no estuve allí!—Era su desesperación grandísima. Alquiló un carruaje y llegó á su casa en muy poco tiempo. Subió no sé cómo, pero sí puedo afirmar que llegó á la puerta del piso como para echar los bofes. Le abrió Pedro.

—¿Qué? ¡Vamos! ¿Te contestaron? ¿Diste la carta? ¿Qué te dijo? ¿Estaba allí la señorita? ¡Acaba de hablar, bruto!

Todo esto lo dijo Antonio parado en el umbral, sin acordarse de entrar siquiera.

Se encogió Pedro de hombros pacíficamente, y contestó con una lentitud que mortificó mucho á su amo:

—Salió una criada á decirme que estaba bien.

—Y ¿nada más?

—¿Qué más quería, estando bien?

—repuso Pedro estúpidamente.

—¡Anda á los mismos demonios!—

Y entró el señorito en su cuarto, hecho una furia. Se indignó contra la querida mujer que así ponía su corazón á prueba. Ofreció no acordarse nunca más de Emilia: no verla, no escribirla; no hablarla. Había en el mundo muchas mujeres y muy hermosas.

—¿De qué me sirve sufrir y arrastrar una vida moral, miserable y triste, en que el corazón se hace pedazos y las ilusiones se marchitan? No. ¡Ingrata! ¡Ni me contesta siquiera! ¡Ni me dice una frase...!

Y, probando como siempre su buen criterio, prosiguió de pronto:

—La culpa la tengo yo, que me pongo así: la culpa tengo en ser tan vehemente; en desearlo todo hecho apenas lo concibo; en irritarme de los obstáculos

y no transigir con nadie. ¿Cómo demonios me ha de escribir en el mismo acto que recibe la mía? ¡Sí: como es pequeña cosa la que le he pedido, debo extrañarme de que no me conteste! Así prosiguió, serenándose muy pronto: leyó un rato, se acostó después, durmiéndose muy tranquilo.

Pasó un día y otro, y la calma de nuestro hombre fué perdiéndose otra vez. Procuraba reprimirse, pero faltábanle ya fuerzas. Estas incertidumbres é impresiones, hijas de su carácter, iban imprimiendo más en su corazón la querida imagen de Emilia, aquella Emilia á quien conocéis, por haberla él descrito en su carta. Pasó Antonio muy tristes noches. No teniendo valor ya para contenerse, paseó la calle en que ella vivía, fué á los teatros, á los paseos; pero no la vió nunca. Desesperábase de impaciencia y moríase de amor,—á lo menos él creía

morirse;—y, no lo extrañéis, lo creía de buena fe. Semana y media había trascurrido y perdió la esperanza del todo. Se hubiera pegado de buena gana, por su torpeza en escribir aquello á Emilia; pero no se pegó, porque le pareció ridículo. Aquella tarde llegó á su casa. Hallábase decidido á irse á viajar por esos mundos, y dió las órdenes convenientes para ello. Se tiró en una poltrona, y sus ojos inquietos fijáronse á poco en un punto blanco que relucía sobre la mesa extrañamente. Se levantó y fué hasta él. Ya sabía demasiadolo que era, pero no quiso cerciorarse de la realidad. ¡Ah! ¡Sí! Era un sobre escrito, brillante, satinado. ¡Oh, Dios! —¿Será de ella?—Y temblaba el mísero, haciéndose la pregunta.

—¿Será de ella?—repitió muchas veces.—¡Pedro! ¡Perico! ¿Quién trajo esta carta?

No oyó la respuesta de Perico, por-

que estaba abriendo la carta, loco de ansiedad. La leyó. ¡Qué poco escribía! Pero ¿era posible, sin embargo, que dijese todo aquello? «Le espero esta noche desde las nueve. *Emilia*.» Entonces comprendió Antonio lo profundamente arraigado que estaba en su corazón el cariño de esta mujer. Creyó, por un instante, que una nube de rosas se interponía entre el mundo y él: aquella nube de rosas rompíase con un rayo de sol, y el rayo de sol era Emilia. Besó la carta, se sentó, volvió á levantarse, iba de un lado á otro.— Pero ¿no ves? ¿no ves?—decía á Perico sin enseñarle nada y sin añadir más. De pronto, se abrazó á Pedro, y luego salió escapado, y sin comer, á la cita, antes que se le hiciera tarde. ¡Eran las siete!

¿Qué hizo en aquellas dos horas? Misterio insondable que nadie, hasta hoy, pudo descifrar. Llegó á casa de

Emilia á las nueve: le introdujo una muchacha morena, airosa, con una sonrisa que le pareció un clavel. Hasta parecía que el cuerpo lindo de la muchachita, emanaba ambrosía de flores.

Le dejó en un saloncito preciosamente alhajado: los muebles, las molduras, las imágenes de los cuadros, las alfombras, los cojines del sofá, los adornos de la mesa; todo tenía un particular encanto y un particular perfume; todos aquellos objetos, los tocaba ella diariamente, eran amigos suyos. Pareció al joven que todos á una tomaban extrañas y diversas formas, de dulces genios y de misteriosas ninfas, yendo hasta él cogidos de la mano, para enumerarle, en bello coloquio, los encantos de su diosa.

Sintió el roce de una falda en esto: volvió la cabeza prontamente, y se encontró con Emilia. A la luz plácida

que pendía del techo, encerrándose en fina bomba de alabastro, se vieron ambos jóvenes. Parecían los dos muy confusos, Emilia sobre todo, no obstante la resolución que en sus cartas demostró tener. La luz afable vertía sus rayos sobre las pálidas facciones de Emilia, haciéndolas aparecer más pálidas aún; y Antonio pudo admirar, como nunca hasta entonces, la figura esbelta y el arrogante cuerpo de la querida hembra; y nunca tampoco le pareció tan original ni tan hermosa, con su sencilla bata de cachemir oscuro, de adornos negros; el cuellecito blanco como la nieve; los puños, que sobresalían, resaltando también con su blancura, en la estrecha manga; y el lustroso cabello negro, peinado hacia atrás y recogido en voluminosa trenza que pendía larga y brillante.

Temblaba Antonio como un azogado, y no sabía qué decir que no pare

ciese estúpido. Ella observó aquella admiración del hombre y aquella emoción profunda; conoció hasta dónde era querida, y sintió gran halago en el pecho. Se animó mucho así, y Antonio sintió que le cogían una mano: él jura aún que no cogieron su mano en aquel instante con otra, sino con flores y terciopelo del más suave.

Oyó una voz argentada, que le hizo estremecer poderosamente.

—Siéntese V. aquí, juntos, muy juntos, para hablar bajo; que mi madre no despierte...

Antonio estuvo á punto de gritar:— ¡No; tan juntos no, porque me voy á morir...!—¡Dios glorioso! ¡Qué perfume! ¡Qué estremecimiento al tocar con su brazo el de Emilia! Ella siguió:

—Sí; que no despierte: la llamo de ese modo, porque fué madre para mí y la quiero mucho. No sabe que ha venido V. Creí bien no decírselo, te-

miendo que me reprendiera, y esto me habría irritado; yo misma comprendo que hice mal. En fin: esta no es ocasión ni de arrepentirse ni de lamentarse de lo hecho. A mis ojos no he perdido nada: los ojos de á los demás no perderé tampoco si no saben que le recibí á solas. Si á los de V. pierdo algo, será V. un pedante.

Antonio no acertó á expresar lo que sentía: estaba impresionado hasta lo sumo. Dijo dos ó tres vulgaridades, que no hicieron reir á Emilia porque Dios no quiso, y ella siguió hablando:

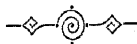
—Efectivamente: me hubiera molestado mucho escribir á V. toda una relación, y ahora comprendo que quizás no habría podido cumplir mi palabra. Con no haber hecho la promesa, ó con no cumplir la que le hice, estaríamos del otro lado; pero yo creo que hasta deseaba este instante, según la ansiedad que tiene mi corazón de co-

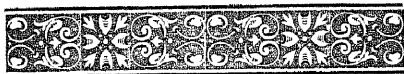
municarse con otro. ¡A V. le toca! ¡Ojalá no tenga yo que arrepentirme, por primera vez, de haber obrado sin reflexionar y según el corazón me impulsa! ¡Ojalá no tenga V. que arrepentirse tampoco!

El semblante de Emilia habíase coloreado ligeramente: brillaban sus pupilas. Hallábase en el sofá á regular distancia de la luz: sus reflejos alcanzaban á los jóvenes muy poco, y casi les envolvía la sombra. No advirtió Antonio que el rostro de Emilia se había coloreado, pero sí que sus pupilas brillaron en la semioscuridad. Fué un relámpago como aquellos que pasaron por sus ojos en la iglesia, al destello de los de Emilia, con las luces de los altares.

—Usted,—siguió Emilia,—no se parece en nada á los hombres que me seguían: esos cobardes que se burlan de una mujer cuando va sola. No les vi

yo nunca. En la iglesia se aproximó uno demasiado, diciendo no sé qué grosería, y no pude ya contenerme. Yo creo que si me mira siquiera en aquel instante, le abofeteo allí mismo. Me hubiera muerto después de vergüenza, pero lo hago. Puesto que ahí quedó todo, no hablaré más de ello.





V

QUEDA lo más importante...—Habíase dominado Emilia al decir esto: suspiró apenada y creyó Antonio ver en ella repentina indecisión. Hizo una pausa Emilia, y, reclinándose un poco en el respaldo del sofá, dirigió entonces los meditabundos y tristes ojos hacia la luz mortuoria. Contemplábala él ansiosamente, admirado de aquella misteriosa hermosura, y confundido de encontrarse allí tan próximo, sintiendo su respiración y las emanaciones perfumadas y tibias de su cuerpo.



El silencio impresionó mucho también al enamorado mozo. Parecíale que los reflejos débiles de la luz ponían en las paredes sombras extrañas de sensualismo y amor. Contempló con más ansiedad el hechicero rostro pálido de Emilia, y aspiró lentamente y con fuerza para que llegase hasta lo hondo de sus pulmones el perfume voluptuoso que de la mujer se desprendía. Llegó un instante en que tuvo compasión de que ella hubiese consentido en la cita, y esto logró contenerle en unas furias indómitas que de pronto le asaltaron de cogerla allí y despedazarla á caricias.

—Queda lo más importante,—repitió ella, con un acento que sonó al hombre á congojas y sollozos.

La miró él profundamente conmovido.

—Sí: tengo que hablar de Walker. Es un hombre excéntrico, cuyo carác-

ter no sé yo cómo presentar á V. para que lo comprenda del todo. Nació Williams Walker en Escocia, en el condado de Walker, que se sitúa á alguna distancia de Cotton Hill, entre Edimburgo y Glasgow.

Este alegre valle, sembrado de casitas de un color gris, extiéndese al sur y presenta en su centro un antiquísimo castillo, de orden arquitectónico extraño, pero agradable. Contrastan las fuertes torres, que despiden azules reflejos, con los deliciosos jardines y hermosas fuentes. Nótase allí una mezcla extraña de fiereza y dulzura, que inspira el atractivo de la molicie y la repulsión del tirano.

El castillo pertenece á Walker y todo el valle á que ya me referí. Cuando conocí á este hombre, tenía veintidós años, habían muerto sus padres y era muy rico; pero él no pensaba en su riqueza: unos extraños fantas-

mas flotábanle en la imaginación. No creo compatible el talento con la superstición: sin embargo, él tiene talento y es supersticioso; tan supersticioso, que su modo de ver las cosas impone y subyuga, á un carácter como el mío particularmente, impresionable, dado á la fantasía, soñador y supersticioso también y débil como ninguno, aun en medio de todas estas energías de que yo quiero alardear.

Muchas de esas serenas noches que son tan comunes en el histórico país de Rob-Roy, noches tantas veces cantadas y descritas por Walter-Scot, las he pasado yo con él en la coronación del pico Arturo, contemplando á la luz de la luna las gigantescas rocas de Salisbury; más lejos, el famoso palacio Holirood, que se presentaba á mi vista como lúgubre sarcófago de reyes, cuyos espectros me parecía ver brotar desde los almenados torreones que

proyectaban sombríamente sus siluetas á la luz de la luna, sobre las tierras de los sembrados; por último, allá más lejos todavía, divisaba como un tropel de inmóviles fantasmas que parecían aguardar un mandato misterioso para lanzarse hasta la cúspide de las enormes rocas, próximas al elevado pico. Estos fantasmas eran los edificios blancos de la ciudad de Edimburgo.

Sentados allí, en una de las más altas peñas, oí en muchas ocasiones la voz ardiente de Walker. Me hablaba de sus viajes, de sus sueños, de sus fantasías; sentíame yo dominada, á mi pesar, ante el espíritu, superior, no lo dudo, pero inquieto y extraordinario, de aquel hombre. Oíale yo sin atreverme á interrumpirle, profundamente conmovida. Según lo que yo pude comprender, anduvo y vió bastante, pero ansiaba más aún: quería recorrer otras deleitadas tierras, alejarse de su pa-

tria á países extraños y desconocidos. Él oyó hablar de las maravillas del mundo, y esto era lo que más le preocupaba: quería verlas. Si no le era posible, porque dejaran de existir, ver por lo menos los lugares donde se habían levantado. ¡Oh! Walker era y es un loco, un loco que ejercía en mí la fascinación terrible que esas imaginaciones reconcentradas y tétricas ejercen en los espíritus apocados y también supersticiosos.

Un día me dijo Walker:—Voy á marchar: soy solo, libre: realizaré mi sueños.

—Y ¿cuándo marchará?—le pregunté, temblando.

—Mañana mismo,—contestó. Y fulguraban sus ojos febrilmente.

Yo creí morirme de pesar. Cuando esto supe me pareció que me arrancaban la existencia, y comprendí entonces el dominio que Walker ejercía

sobre mí. Nunca habíamos hablado de amor. Yo creo que me habría vuelto loca, si no hubiera hecho lo que hizo. Me cogió repentinamente las dos manos y dijo que me amaba. Yo se lo confesé igualmente, y él juró que no sería feliz, ni me haría feliz tampoco, sin realizar antes de nuestra unión sus ambiciosas y ardientes aspiraciones de viajes. Su palabra era de fuego, y sus pupilas clavábanse en las mías poderosamente, haciéndome temblar. Allí juró amarme y me hizo jurar que le amaría siempre: un juramento extraño y terrible, cuya memoria me hace temblar de frío; el juramento de no ser jamás de otro mientras él viviese, y aun después de morir. Cuando juré, me soltó Walker; se levantó, y extendiendo los brazos sobre mi cabeza,—Maldita seas,—dijo,—si faltas á lo que has jurado.—Miró al cielo después, con aquellos grandes ojos de llamara-

das lúgubres, y añadió con acento que me heló la sangre:—Sí: morirás maldita en el mismo momento de pertenecer á otro hombre.

No le vi más: marchó él, yo marché á París más tarde: debía esperar á Walker en España tres años después... y volvió, volvió á los tres años. ¡Oh, Dios mío! ¡Cómo padecí yo durante ese tiempo! Creía que era amor semejante padecer, y me he ido convenciendo de mis tristes errores. Yo padecí soñando con Walker dormida y despierta, recordando á todas horas aquel juramento, con sombrías tentaciones de faltar á él, no por necesidad, sino por esta desgraciada condición mía de hacer todo lo contrario de aquello que se me suponga. Veía yo siempre los ojos fulgurantes y que relampagueaban con siniestras luces; sentía en mi mano aquella mano de Walker ardorosa por la fiebre que le consu-

mía; escuchaba sus frases, maldiciéndome y presagiando mi muerte al primer sueño en brazos de otro hombre que no fuera él; y el yugo terrible y maldonado de tal juramento hacía que su imagen se me presentara cada día más aterradora, y que me infundiese más pavor. Íbase descartando de mi cerebro aquella nube que antes le cegara, y llegué á convencerme de que mi corazón no había sido jamás suyo. Entonces fué cuando llegó Walker de España, y volvimos á vernos.

Oíale yo hablar de sus viajes, de sus emociones, de sus peligros, y tomaba su acento una expresión inspirada y sombría á la vez. Se halló en el mismo lugar donde, según los antiguos, estuvo la magnífica obra reputada como la más hermosa de las siete maravillas del mundo: el mausoleo mandado erigir por Artemisa, reina de Caria; penetró en la miserable mezquita de Je-

rusalén, donde allá en otros siglos se levantó el templo construído por el sabio hijo de David; atravesó el Asia, pisando la tierra que sostuvo el templo de Diana, la famosa obra de Etesifón, incendiada y reedificada siete veces; midió con sus pasos las sesenta millas de circuito donde un día se levantaron las altivas murallas de Babilonia, erigidas por la magnificencia de Nabucodonosor; visitó los lugares que sirvieron para sostener el palacio de Júpiter Olímpico, falsa deidad cuya estatua fué construída por el célebre escultor griego; navegó sobre las aguas que dan sepultura al coloso de Rodas, gigantesca figura de bronce representando á Apolo, debida al famoso buril del discípulo de Corrés de Lindey; contempló también las que restan de las antiguas pirámides de Egipto; y volvió á España, más exaltado, más tétrico, reconcentrándose más en

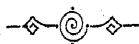
aquellas ideas fúnebres. Nunca le vi ya una sonrisa; sombrío siempre, con los grandes ojos chispeantes como si unas llamas extrañas le abrasasen el cerebro, las mejillas hundidas, débil, como si los grandes y misteriosos ardores que consumían su espíritu consumiesen á la par su materia. Yo creo que acabó de enfermar su cerebro en esos viajes, que le arruinaron y que me parecen ilusorios alguna vez, por lo extravagantes é inverosímiles... Profundiza aun el más leve detalle que se presenta á su imaginación, como le signifique algo, por confuso que este algo sea, de aquella edad en que el emporio más grandioso era el del arte; así es que, en sus continuas y peligrosas excursiones, admiró aquellas maravillas de las que únicamente resta el recuerdo, no como simple amante de lo hermoso: esto hubiera sido extraño en Walker; entre-

gábase á unos pensamientos que le elevaban á otra época; sentíase trasportado de un modo ideal: por eso contempló el mausoleo construído por Artemisa en todo su magnífico esplendor; habla, como si lo hubiera visto, del mausoleo, de su pirámide, del carro de piedra que le corona, de los seis caballos de jaspe que del carro tiran. Lo mismo que del sorprendente sarcófago de Mausoleo, habla de todo lo restante que ha visto ó creyó ver; figúrasele que penetró en las grandiosas naves del templo de Jerusalén; que deslumbraron sus ojos las rojizas llamas que por siete veces carcomieron los muros de granito, las puertas de ciprés y el maderaje de cedro del templo de Diana; que entró y salió por los calados que formaban las enormes puertas de las murallas de Babilonia, que tocó las hojas de olivo que coronan las sienes del Júpiter de

Fidias; que vió y tocó la estatua del coloso de Rodas. Y, sin embargo, nada de esto existe: es su imaginación exuberante, su frenesí por todo lo que dejó de ser. No vive en su edad, sino en la pasada: parece un muerto de otros siglos, resucitado por don del cielo, que contemplaba desde el pedestal de su tumba el curso de la época en que nació; la marcha de las edades primitivas.

No le oía hablar, ni le oigo aún, sin que me sienta arrebatada de admiración, y eso que mi pensamiento no puede profundizar las grandezas del suyo. Se remonta en unos inconmensurables espacios, á otros cielos en que yo nunca soñé y que nunca vi; las invisibles alas de fuego de su idea, cortan los horizontes y queman todo lo impuro que en su camino encuentran para llegar á esa región superior que él ve y adora en sus sueños fantás-

ticos; allí vive y se agita en toda su grandiosidad y todo su misterio... ¡Ay, que esta misma admiración que me causa, impide que otros afectos más íntimos llenen mi corazón! Comprendo que no le amo, comprendo que juré equivocadamente, comprendo que si faltase á esa promesa no sería mi pecado grandísimo, habiéndola hecho en una época de confusiones dolorosa; y, sin embargo de comprenderlo así, me estremece el horror pensando en que pueda quedar el juramento roto por mí.





VI

No supo Antonio qué sensaciones invadieron su alma, cuando llegó Emilia á este punto. Había callado otra vez ella, y, sin mirar al mozo, deshacíase en acerbo llanto. La miró él, amorosamente, sintiéndose por su pasión otro hombre: pareció como que el pecho se le ensanchaba, dando cabida á unos sentimientos de gloria, grandes como su pecho; y, de tímido é irresoluto que antes fué en la presencia de Emilia, tornóse ahora, súbitamente, osado y enérgico.

Cogió una mano de ella y la estrechó

afectuosamente. ¡Ay! ¡Cómo se contuvo para no apretarla con todo el ardor de su cariño! Emilia se dejó acariciar la hermosa mano; y no sé qué impresiones sentiría, que su lloro fué más grande. El enamorado, la quiso más entonces, viéndola allí, confiada y triste. Tuvo como una grande prueba de consideración hacia él de parte de Emilia, que, de indomable y orgullosa que siempre fué, como ella misma hizo gala en confesar, estuviese en aquel instante llorosa y humilde, y olvidándose de sus orgullos indómitos. Esto le impresionó más, y siguió estrechando aquella mano de rosas y terciopelo. Ella inclinó más la cabeza también, sin cejar en su dolor; y él, entonces, inconscientemente, levantó un poco la suya. Acostumbrados ya los ojos á la indecisa claridad de la estancia, fijáronse en los objetos. Allí estaba: allí estaba él, en aquella habitación, la

misma de la mujer querida.—¡No, no es!—pensó de pronto. Creía estar soñando y le dieron tentaciones de llamar á Perico. No, Dios poderoso; era verdad... En aquel cuarto suyo de soltero, no había cuadros de anchas molduras y gran valor artístico; no había ricos y primorosos muebles; no había alfombra gruesa, de color oscuro; el papel de los testers, no tenía dibujos extraños, de donde le pareció ver salir entonces lindos geniecillos de amor; no emanaba tampoco su cuarto aquel perfume vaporoso y suave que le hizo entornar los ojos blandamente, ni existió jamás aquella lámpara, en fin, de melancólica luz, que parecía besar afablemente con su dulce rayo el brillante cabello de Emilia. ¡Oh, loco, mil veces loco! ¿Podía dudar, con la dicha suprema é inesperada de tener la mano de Emilia entre las suyas?

Algo grande debió pasar por el cerebro y por el corazón de Antonio; algo que puso la palabra de amor en su boca y el destello luminoso en su idea: habló, habló largo tiempo; y su voz, indecisa y suave como aquellas penumbras y aquellos misterios de la noche, hizo levantar la cabeza á Emilia, é hizo arrancar la sonrisa á sus labios.

El quedó muy confuso entonces, cuando los magníficos ojos negros de la mujer amada quedaron contemplantóle fijamente. Temió haber dicho alguna inconveniencia; temió haber ofendido á Emilia, porque faltó á su ofrecimiento de no hablarle de amores. Preparábase ya á pedirle perdón, y no le dejó empezar ella.

—No, no,—dijo, como si adivinase lo que Antonio se proponía;—seré franca otra vez; no desvirtúe usted lo que ha hecho con decir lo que

verdaderamente sintió, añadiendo ahora, para excusarse, palabras que no siente. Yo no conozco á V., pero me basta con que mi corazón presienta que es V. honrado. No sé si podría amarle, pero me halaga todo lo que me dice, y me halaga también que falte á su promesa de no hablar de amor. Estará mal que yo diga esto; pero ¿qué le hago? ¿Cómo remediar lo que es imposible, puesto que yo soy así? Me asusta la idea de amar á usted y á otro cualquiera, lo mismo que á V., por la relación que ya le hice; y sé, sin embargo, que mi espíritu revuélvese en grandes inquietudes, que necesito amar y ser amada, como yo lo comprendo y como yo lo siento, sin horror del hombre á quien ame, con la hermosa confianza de la infinita unidad de dos seres, y que me mataría primero que ser esposa de Walker.

—¡Ay!—exclamó, interrumpiéndolo.

se.—Ya está ese nombre otra vez en mis labios; ya está otra vez en mi idea, torturándome siempre. ¡No quiero! ¡No quiero!—Como si por un instante creyese que era Antonio, se levantó con prontitud, dirigiéndose al otro extremo de la sala. Allí la contempló más á su gusto Antonio. Bañaba su figura, dulcemente, la afable luz, rodeándola como la aureola á las imágenes; la vió pálida como nunca, de pie al extremo de la estancia; los brazos caídos con laxitud, é inclinado el rostro como la estatua del dolor; el suave reflejo iluminábala de perfil, haciendo que resaltase su blancura cadavérica, y arrancando á sus lágrimas relámpagos que hacían recordar las titilaciones de las estrellas en la laguna, durante esas apacibles noches estivales; ceñíase la trenza á sus formas, viniendo por la espalda á una cadera, y colgando allí como negra serpiente prepa-

rándose á morder el lustroso marfil de las enlazadas manos.

Vió Antonio esto, estremecido de amor, y recordó, estremeciéndose también de felicidad, las anteriores palabras de Emilia.—¡Podía amarle! Oyó con agrado sus protestas ardientes de pasión.—Pero la detenía, sin duda, como dijo, la memoria triste de aquel otro hombre. Comprendió que le era preciso vencer las preocupaciones de Emilia. Se levantó, fué á ella, cogió otra vez su mano; y allí, de pié, como estaba Emilia, bañándose los dos en las suaves oleadas de luz, como si una bendición del cielo les cobijara, le habló, inclinando la cabeza hasta tocar casi la suya: habló más dulcemente aún, con más suavidad; y quedó la mujer, más embelesada y más atenta, sin mirarle, con los grandes y negros ojos fijos en el anillón de ébano de un portier. Lo que más armónico pareció á

los oídos de Emilia, fué un cierto párrafo...

—No, yo no quise hablar á V. de eso antes, esperando que no hubiera necesidad. V. tiene talento de sobra para hacer inútiles esas palabras; pero veo que es impresionable al tratar de esas supersticiones sin fundamento. No amándola, diría á V. lo mismo: que debe despreocuparse de unas tan locas ideas. El compromiso que V. tenga contraído con ese hombre, es un juramento de niña y un juramento de amor. ¡Cuántas mujeres y cuántos hombres, no sólo no dejan de jurar, sino que abusan del juramento y hacen un recurso de él en sus ardides amorosos! ¡Es tan corriente!... Yo creo que Dios mismo se habrá acostumbrado y no le hace ya mucha mella, pues no se sabe de ningún escarmiento ejemplar para los que juran.

Movió la cabeza Emilia y sonrió

tristemente: comprendía que Antonio trataba de distraerla, y se lo agradeció mucho.

—Es,—prosiguió Antonio,—que no quiero convencerme de que sea verdad que piensa V. así; porque entonces, le hablaría más enérgico, haciéndole comprender muchas cosas: la principal entre ellas,—y le ruego que me perdone si alguna molestia le causo,—la principal entre ellas, que sería una gran locura esclavizarse voluntariamente, por toda la vida, al capricho de un visionario, de un enfermo, de un loco, y que V. sería entonces más loca y visionaria que él mismo.

Ni sus aspiraciones, ni su educación, ni su temperamento, se prestarán nunca á transigir con esa vida de reclusión y de soledad, y mucho menos viéndose hermosa, joven y solicitada. Hubiera sido mejor, en ese caso, quedar recluida en el convento en que se

educó, sin conocer el mundo, cantando preces y ciñendo tocas. V. querrá, sin duda, cumplir lo jurado; pero está su corazón, que protesta y grita de esa esclavitud, y para que el enemigo sea rechazado tendrá su corazón mi ayuda. Ni un solo día, ni un solo instante dejará V. de oír mi palabra de amor ardiente, y veremos quién será vencido en la batalla: si su ansiedad noble de libertad y de vida donde realice los sueños de amor que son las glorias de los espíritus jóvenes, ó el extravagante pensamiento de creerse apóstata y mala, y presentir desastres por las absurdas profecías de un visionario.

Detúvose Antonio, asombrándose de haber hablado tanto. Temía nuevamente haberla ofendido y quedó muy confuso. Pero habíale escuchado Emilia con gran atención; y á lo último, como enajenada de gozo, lloró también; pero fué el suyo entonces llanto de consue-

lo, y sintió en el fondo de su alma inmensa gratitud para la persona que así discurría por su tranquilidad. Ella pensó siempre, en aquel asunto, igual que Antonio: ella ansiaba la vida y el amor, tenía sus sueños de virgen y de mujer, indecisos hasta entonces, sin fijeza; pero turbábase grandemente bajo aquella inmensa mirada de pasión en que el hombre la envolvía, y por vez primera sintió rubores de estar á solas con él.

Hizo un gran esfuerzo, y, extrañándose de cierta inquietud y cierto temblor que se iba apoderando de ella, rogó así á su amigo:

—Es ya tarde y temo que mamá despierte. Yo se lo contaré todo mañana, para que no se extrañe de ver á usted si alguna vez viene.

—¿Y Walker?

Emilia sonrió con tristeza.

—No sabe ella nada de ese asunto,

—contestó.—Le cree un amigo mío y nada más; ni se acuerda de él siquiera; no le ha visto desde que nos separamos en su país. A su vuelta, no quise yo que entrase en casa. Ha sido otra de mis supersticiones, creer que si entraba aquí me vencería en tal ó cual ocasión, arrancándome la promesa del casamiento. Porque le veo más metido en su meditación cada día, más débil, más enfermo, me inspira más piedad, y esa es la causa de que no le haya dicho ya terminantemente lo que me ocurre. ¡Oh! Creo que acabaría de matarle ese golpe. Cuando salgo, me sigue como mi sombra: se aproxima algunas veces mucho, y creen que me acompaña. Yo no sé qué pretextarle ya, y temo una escena cualquier día. Nos escribimos sólo, y él no quiere ó no puede ver la frialdad de mis cartas en el punto que más le debe interesar: en el de amor.

Como no ve que entre en casa ningún otro hombre, estará tranquilo. También es celoso, pero se muestra así únicamente cuando salgo en alguna ocasión sin que él lo sepa. No sé en lo que pasa el día y las noches cuando no pasea esta calle: probablemente, mirar al sol ó á la luna.

Por un rasgo del carácter de Emilia, se echó á reir diciendo esto, y prosiguió después con mucha ligereza:

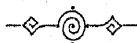
—No es hombre de este mundo. Se despreocupa de todo: del vestir, de la comida...

Hizo un ligero y gracioso mohín, interrumpiéndose, y exclamó de pronto:

—Vamos, que yo no me caso con él.

Se puso muy seria luego, con la misma prontitud: alzó los ojos y miró plácidamente al hombre que tenía cerca.

—Márchese V.,—le dijo.





VII

NAMÁS pudo saber Antonio la causa de que Walker no la hubiera defendido el día que la encontró en la iglesia, de los importunos que la molestaron. Encogíase Emilia de hombros, indiferente, probando así que no hizo mención de ello; no conceptuaba á Walker como hombre: lo había dicho ya: era un fantasma, una sombra que la perseguía, reduciéndose á eso todo lo que una sombra puede hacer.

Entretanto ella continuaba en sus incertidumbres y temores, que crecían

cuanto más intimaba con Antonio. Le halló agradable, generoso, le atraía con su fácil elocuencia y su comportamiento digno, y abrigaba ya el convencimiento de que el amor que por ella sentía, era grande y ardiente, sin las locuras y las extravagancias del amor de Walker.

Esto fué motivo para que su corazón, ansioso de ternura, se fuese entregando lentamente á unas benditas esperanzas de próxima felicidad. Soñaba en el placer grandioso de llamarse esposa de aquel hombre á quien quería ardientemente, pero en lo más deleitoso de su sueño aparecíasele la extraña figura de Walker allí, de pie, ante ella, con las manos extendidas y los sombríos ojos levantados al cielo, invocando á Dios para que lanzara su maldición terrible contra la apóstata.

Sin embargo de hallarse así metida en los sentimientos que Anto-

nio logró inspirarle, no se crea por esto que el pobre mozo era feliz, no; siguió tratando á Emilia, siguió visitándola alguna vez y con más frecuencia luego, y nunca pudo convencerse de si era amado por ella. Recibía la mujer plácidamente los homenajes de amor, sin que pasara nunca de ahí. Cuando Antonio pretendía llevar la conversación á este punto, encerrábase Emilia en una reserva inexplicable y contraria enteramente á todo lo que pareció entrever Antonio la noche primera que hablaron. Luego que el hombre la dejaba sola, entregábase ella expansivamente á su temor y á su alegría, aquellas dos impresiones opuestas que causaron siempre su tortura desde que conoció al hombre amado; al temor de aquellas impresiones extravagantes y sombrías que llevaban á su corazón el recuerdo de Walker y con su recuerdo toda la his-

toria de su fantástico amor; á la alegría de verse amada de Antonio, aquel hombre agradable y altivo, lleno de seducciones para ella y amante como ninguno; al terror de que llegara una época en que no pudiese resistir las ardientes protestas de Antonio y se entregase, como ansiaba, á las satisfacciones de su cariño, y á la alegría también de ver estas satisfacciones realizadas.

—¡Qué horror más grande si Antonio consiguiera un día de mí que yo le confesara mi amor! ¡Qué alegría más infinita la de pertenecerle entonces, aun á costa de todo lo que pudiera suceder: entregarse, humilde, buena, dejándose acariciar y encogiéndose entre sus brazos loca de ventura!—En esto consistía la gran lucha de Emilia.

Para no venderse, para no revelarse al hombre que la cansaba, adoptó el sistema de fingir cólera. Lo hizo

tan bien, que se acostumbró á ello, y el pobre Antonio era quien lo sufría. ¡Oh, mujeres! Presentábanse ocasiones en que comprendía su extravagancia, arrepintiéndose de observar esta conducta; estaba entonces más humana. Antonio, palpitante de gozo, temblando, aproximábase á ella: ella quedaba mirándole como en éxtasis, pálida, temblando también, de ansiedades, de deseos, de cariño, loca de pasión, embriagada de ventura por verse así querida. Encontrábase débil entonces, y tenía intención de arrojarle en sus brazos, sin consideración á nadie, á nada, sin pensar en Walker, sin pensar en sus juramentos, sin pensar en las inconveniencias, ni en los pudores, esos pudores innatos siempre aun en la mujer más apasionada. Y en este instante supremo, una idea, una ráfaga, un átomo imperceptible cualquiera, la domaba, la detenía, hacíala retroce-

der, revolverse, asustarse de sí propia. Desesperábase entonces, de no tener fuerzas para arrostrar aquel porvenir que se figuraba como faltase á su juramento, y se desbordaba en sus arranques de niña voluntariosa, culpando de todo al pobre enamorado. Amonestábale duramente, y Antonio se volvía loco de amor, á la contemplación de aquellas lindas facciones alteradas y las suaves rosas que aparecían en la palidez mate de su rostro.

Así estaban siempre; y, aunque lo creáis extraño, esto fué causa de que intimasen más. La indulgencia que Antonio tenía con Emilia en tales momentos, traducíase luego en gratitud por parte de ella; y como se revelaba él en toda su nobleza é hidalguía, era motivo en ella de confianza. Aquellos arranques furiosos de que hablé más arriba, tenían también otra faz, y muchas veces, se presentaban convertidos

en llanto. Grandes sollozos escapábanse de su pecho; y como era orgullosa, se escondía para que Antonio no la viese llorar. Esto pensaba, que era por orgullo, pero no era así, encontrándose en sus contradicciones de siempre: era la verdad, que sabía hasta donde llegaba el padecer de Antonio viéndola llorar, y se guardaba de él por eso.

Hubo un motivo para que todo aquello aumentase extraordinariamente, precipitando al uno y á la otra. Emilia, buena, procuró ocultar como una culpable á los ojos de Williams sus relaciones con Antonio. Ella pensaba que era miedo á Walker, pero allá, en el fondo de su conciencia, sentíase irritada de pensar así, oyendo una voz continua que decía:—No es miedo, es compasión.—Y compasión era efectivamente. Un miedo muy grande á las torturas que padecería sa-

biendo que Emilia amaba á otro. Ocurrió que Walker tuvo que marchar á su país con motivo de sus asuntos. El no hubiera marchado, pero Emilia le instó á ello, manifestándole enérgicamente que era preciso así, para que no quedase ya en la miseria. Otra de las luchas de Emilia, luego, fué pensar si había insistido en que marchara Walker, por bien de los asuntos de éste, ó con la idea de quedar libre entretanto y entregarse por completo á su amor por Antonio. De una manera ó de otra, Antonio fué con más frecuencia á casa de Emilia, se trató con la anciana que hacía las veces de madre, y esta señora le apreció mucho también, pensando que sería un buen marido para Emilia. De aquí, que el trato se hiciese más íntimo entre los jóvenes. En las buenas horas de Emilia, dábase por recompensado Antonio, según era su goce, viéndola alegre. En

uno de estos instantes, reían los dos muy contentos, y ella dijo de pronto:

—Ya no nos hablamos más de usted; ¿sabes?

El quedó aturdido de tal salida, y la emoción y el placer le quitaron el habla.

Le miró ella con la profunda y reservada alegría de su corazón, al observar aquellas emociones de Antonio, reveladoras de su gran cariño.

Él cogió sus manos y las estrechó fuertemente.

—Pero ¿por qué eres tan buena conmigo? ¿Por qué,—exclamó,—si luego no me amas?

—Mira: ya te puedes estar callando y no me hables de eso.

—Pero ¿por qué? Dímelo: quiero que me lo digas.

Aquel día, estaba Emilia como nunca la conoció Antonio, de serena y placida.

—Oye,—contestó, riéndose;—te he dicho que calles.

—Pues contéstame: dime por qué no me quieres.

Retiró Emilia las manos y le volvió la espalda. La llamó él, y volvió el rostro, sereno, dulce, pálido: clavó en Antonio aquellas pupilas luminosas, que eran las estrellas de su destino.

—¡Emilia, Emilia!—exclamó él ansiosamente.—¿Por qué?...

Faltó poco para que llorase Antonio haciendo esta pregunta. Lo comprendió así ella, y creyó morir de congoja y de felicidad á la vez. Le hizo un gracioso mohín, y salió escapada, diciéndole:

—Porque no; porque no quiero.

Antonio quedó pálido de emoción, estuvo abstraído largo tiempo. Como no apareciese Emilia, fué á buscarla y la sorprendió llorando. Muy conmovido, le preguntó:

—¿Por qué lloras?

Ella contestó entre sollozos:

—Por una felicidad perdida aun antes de haberla disfrutado. Déjame por Dios, Antonio: déjame ahora.

Emilia pensaba en su juramento, y lo comprendió Antonio así.

—Pero ¿por qué entregarte á tan absurdas ideas? ¿Por qué martirizas así tu corazón y te haces desgraciada? Concluye de una vez, Emilia; sé juiciosa y desecha tales preocupaciones.

—¡Oh! No puedo, no puedo,—replicó ella.

Se sintió irritado Antonio por primera vez, ante la eterna muralla, y dijo ardientemente:

—Y ¿qué puede importarte? ¿Por qué sufrir de ese modo? ¿No me has dicho siempre, después de la noche feliz en que hablamos por vez primera, que renunciabas al amor y á los goces puros de crearte una familia de quien cuidar y á quien proteger,

escudo que al mismo tiempo te protegiera? No sufras: no llores: el único motivo de tus padecimientos podía ser la imposibilidad de corresponder y gozar de mi amor, si me amaras. No me amas: lo has dicho siempre. ¿Por qué ese llanto, entonces? Termine ya tu aflicción, y piensa que no te hablo como amante, derecho que no podría ejercer sobre ti: es el amigo leal quien te habla, un hombre enamorado á quien haces infeliz con tu despego, y que prefiere resignarse, no encontrando camino ninguno para llegar á tu corazón.

Ella le miró con tristeza á través de sus lágrimas y permaneció silenciosa.

Quedaron los dos así largo tiempo: Emilia, con la cabeza inclinada, y él serio y triste, contemplando á la vez la gentil cabeza, fantasma luminoso de sus sueños. Emilia no habló, es-

perando aún alguna frase consoladora de Antonio. Antonio, desalentado, y viendo que su palabra ninguna influencia parecía ejercer en el corazón de Emilia, no pronunció una más.

Rompió ella, al fin, el silencio, y alzó la voz en tono despechado:

—Sí, siempre lo mismo: no me hables de amor, no quiero oírte esas palabras. Te lo dije muchas veces, es verdad, y ahora quiero repetírtelo: me desespero, me pongo mala, no sé lo que me sucede cuando me hablas de cariño; no puedo oírte. Yo estuve equivocada y creía que tenía corazón para amar... No lo tengo, ya lo sabes: ¿y qué? No lo tengo, no amo á nadie. Si quieres la paz conmigo, cállate siempre que se te ocurra algo sobre ese tema: yo te lo ruego. No me echés en cara lo que te dije aquella noche, porque, ya lo ves, me equivoqué al afirmar que me halagaba tu lenguaje de

amor y que podría tal vez amarte. No, eso nunca: te lo dije á la segunda conversación que tuvimos. Sólo que tú me quieres demasiado y no huyes de mí. Mal hecho, porque ninguna esperanza te queda. Amigos, amigos siempre; y cuando te cases, porque tú no has hecho ningún juramento en contrario, cuando te cases, nada, entonces ni amigos tampoco. Debes comprender la causa: porque tu esposa, la esposa del corazón á quien elijas, no tendrá áni- mos ni amor á ti bastante para consentirte una amiga joven, y... ¡quién sabe si más hermosa que ella!

Fué un instante bien amargo para los dos este á que me estoy refiriendo. Confío Antonio, hasta entonces, en que una vez ú otra cedería ella al fin, consintiendo en casarse con él. Aquellas frases inesperadas, llenáronle de dolor, hiriendo su cariño y matando sus esperanzas. Era orgulloso, y, al

sentirse así tratado, contuvo indómitamente su soberbia: el amor venció en él, como siempre, todas las demás pasiones; lo que hubiera sido antes explosión de cólera, se convirtió, cuando hubo pasado, en réplica digna.

—Nunca me hablaste con tal franqueza,—dijo,—y eso que has alardeado siempre de franca. Confieso que hasta ahora esperé que me amases, pero la energía y el tono con que me quitas toda ilusión me da por vencido. No hay que hablar más de eso: cada uno siente á su manera: yo soy hombre y no me esconderé en las oscuridades para llorar. Lo que sufra, aunque no llore, eso no te importa; pero es preciso que sepas lo restante. Yo juro que no me casaré. ¿Sabes por qué lo juro así? Porque te amo más que á mi vida, porque me parece que no habrá otra como tú que pueda llenar las aspiraciones de mi alma; pero

si algún día hallase esa mujer, lejos de entregarme á la desesperación, me desdiría de mi juramento sin pensar en lo que juro ahora, y menos aún si esa mujer me amara, porque lo haría entonces no solamente por mi felicidad, sino para contribuir á la suya. Ahora sólo he de decirte que si algún día me caso, no sé si ella será tan hermosa como tú: preferiría, sin embargo, que sólo en la hermosura se te pareciera.

—¡Ah!—contestó Emilia, sin disimular su cólera.—Así me tratas, y no es extraño, porque hice merecimientos para lo mismo. Haces bien, por tu parte, porque así te me presentas como eres, y no con doblez y engaño como hasta aquí. Concluyes por insultarme, y es lo que debe hacer un hombre ante una mujer indefensa, que llora. Acaba, dilo: ¡si no me importa ya oír todo lo que hables! ¿Qué más podrías decirme?

Y Emilia se ocultó el rostro entre las manos.

—No permita Dios que yo te insulte nunca,—contestó él con entereza. —Tú me enseñaste á ser franco, y lo soy: casándome contigo, te tomaré como eres; casándome con otra, procuraré con mucho cuidado que no tenga tu carácter. Tú eres buena, pero tu imaginación meridional se exalta y te lleva á lo inverosímil y lo exagerado, haciéndote perder tus otras bellas condiciones, porque sólo se ve en ti una fanática: crees ver delante de tus ojos un objeto cualquiera, que no existe; estás comprendiendo perfectamente que no es, y te empeñas á la par, y te irritas contigo misma, porque quieres despreocuparte de aquello, convencida de que es absurdo; tus ojos materiales, esos hermosísimos de tu cara, á los que tanto haces llorar tú misma, no ven lo que los otros ojos

de tu pensamiento quieren que veas: empéñase así un rudo combate sin término, más grande cuanto más continuado, más recio cuanto más reñido; te irritas así más, te desesperas, lloras unas veces, ó ríes por nada y con locura otras; te entregas con furia al placer de desesperarte en ese horrible silicio de tu vida material y tu vida espiritual, ó quieres poner remedio violentamente, quedándote tranquila de pronto. En ambos casos, resulta á la inversa: en el primer lugar, debías entregarte á la reflexión, serena, hasta llegar, en verdadero análisis, al convencimiento que te deje tranquila; en el segundo, debías procurarte distracciones, evitando pensar mucho en eso; y así mirado, de ambas maneras y con lentitud, encontrarías alivio, ya que te pasa desgraciadamente lo peor que puede suceder á un enfermo, que es conocer su enfermedad.

Emilia había escuchado, en un principio, con gesto de cólera, las palabras de Antonio; pero fué serenándose conforme iba hablando: escuchábale atentamente, y, cuando llegó Antonio al punto que dije, sentíase aturdido, como le ocurría siempre que aquellos grandes ojos hermosísimos, llenos de pasión y vida, se fijaban en los suyos.

Suspendió el relato y quedó contemplándola, allí, recostada con abandono en el sofá mismo en que hablaron aquella noche. ¡Habían pasado tres meses! La hermosura de Emilia era igual, realzada por ese encanto poético que pone en la mujer el effluvio primaveral. Allí, reclinada, parecía una rosa entreabriéndose, una rosa blanca, perfumada, irradiando luz, como si aquella flor tuviese pétalos de diamantes. Viendo á Emilia, se conceptuó perdido para siempre sin su amor.

— ¡Ah! — pensaba. — ¡Cómo die-
ra mi vida por un beso de esta
mujer!





VIII

EN la actitud y en los ojos de Antonio, vió Emilia lo que por su corazón pasaba, y un placer sin límites inundó su cuerpo. Era una suavísima y acariciadora oleada que subía lentamente á su cabeza, estremeciéndola de bienestar, haciendo latir fuertemente su corazón, deteniendo el hálito en su garganta, encendiendo sus mejillas y haciendo resplandecer sus ojos. Dió en aquel momento por bien empleada toda la inquietud y el padecer que sus terrores le causaban, y deseó morir en aquel instante de éxtasis.

Pero tenía un carácter extraño: era un temperamento ardiente, luchador, dado al peligro. Lo que Antonio le decía era verdad: ella misma lo estaba experimentando ahora: encontrábase anegada en el supremo deleite de aquel amor que sentía palpar en Antonio, como otra vida renaciendo en la propia suya; veíale allí, enamorado, tembloroso, con ansiedades inmensas de oír una sola palabra, no de amor sino de paz á lo ménos; reconocía ella misma su pasión por aquel hombre sumiso y cariñoso; comprendía que una frase no más, diciéndole que le amaba, era para él la felicidad eterna; adivinaba lo que ella misma sentiría de placer y emociones pronunciando la palabra, y complacíase, después de pensar y reconocer todo esto, en no hablar, permaneciendo silenciosa y mostrándose iracunda.

—¡Qué gusto, qué placer más gran-

de me daría verle loco de felicidad, cuando le dijera que le amo!

Así pensaba, y enternecíase y emocionábase grandemente. Le miraba otra vez furtiva, sonreíale el corazón de alegría gloriosa, pensando en lo que iba á suceder si se levantaba de repente, y corría á arrojarle en los brazos de Antonio diciéndole:—Pero ¿no ves lo que te amo?—Sonreíasele el corazón pensando esto; y así, como si después de terminada una gran obra se complaciera el autor en irle arrancando pedazos, uno á uno y lentamente, hasta destruirla, sonriéndose, sin poderlo remediar, de su propio dolor, decíase á cada momento:—No se lo digo, no se lo digo.

Pensando en lo último y en lo que podría ocurrir si se callaba, se estremeció fuertemente: podría casarse con otra mujer, podría pertenecer á otra! —; Oh, Dios mío!—Se espantaba de

su dolor si tal sucediera. Y, lejos de disipar toda clase de nubes, pronunciando aquella palabra que sería la felicidad de ambos, se echó otra vez á llorar, más desesperadamente aún, loca de celos y de cariño.

Intentó él aproximarse, consolarla, y ella le rechazó bruscamente.

Suplicó Antonio y lloró; pero Emilia le miraba entonces, no como era, sino como sería cuando se casase con otra, y le rechazó otra vez y con más fuerza.

—Vete,—le dijo, entre sus ardorosas lágrimas;—vete, falso, no quiero mirarte ni hablarte más en mi vida.

Quedó Antonio inmóvil y como espantado al oír aquellas palabras. Así, de pie ante Emilia, esperó otras, quizás, de aquellos mismos labios, que quitasen valor á las primeras. Emilia comprendió que estuvo injusta y deseó retirarlas, pero no pudo explicar-

se lo que le sucedió. ¿Qué genio malo habíasele introducido en el cerebro? ¿Por qué no hablaba, si así lo deseó y se sentía con impulso de hablar?

Fué el instante más cruel de su vida. Con el rostro oculto aún entre las manos, sentíase humillada de haber herido así, injustamente, al hombre digno y generoso.

Quiso pedirle perdón, y se irritó contra sí misma de pensar en ello; mirábale después, furtivamente, como esperando algún alivio para su corazón con la frase cariñosa de Antonio; pero fué inútil. Creyéndose éste con verdad odiado cuando se vió zaherido, revolvía el pensamiento de abandonar á Emilia para siempre. ¡Imposible que pudiese en adelante haber nada entre ellos! Decidido ya, firme en ejecutarlo como lo pensó, cogió su sombrero, sin pronunciar una frase: habíase dirigido lentamente hacia la

mesilla donde el sombrero estaba: aun esperó que Emilia le detuviera con desplegar los labios no más, con pedirle que olvidara las injurias que le había dirigido. Ella quiso detenerle, y el orgullo poníale trabas en la lengua. Adivinó el pensamiento del hombre, y su terror no tuvo límites pensando en lo que le pasaría si Antonio la abandonaba. Quiso llamarle, sí; detenerle con la ardentísima voz de su corazón; pero le dejaba hacer, y cada minuto era un gran abismo que más los iba separando.

Cogió Antonio el sombrero: detúvose un instante junto á ella, se miraron profundamente, veláronse de lágrimas sus ojos. Ella iba á decir:

—¡Antonio! ¡Antonio mío! ¡Perdóname por piedad!

Pero oyó una voz temblorosa y entrecortada.

—Adiós,—decía...

—Adiós,—contestó secamente. Y se marchó Antonio.

Fué un suplicio la vida de ambos desde esta hora. Ella estuvo mucho tiempo sin salir. Sus noches eran muy tristes; y los insomnios, que antes comenzó ya á padecer, hicieronse más pronunciados. Adelgazó: aquella palidez hermosísima de su rostro había tomado lentamente aspecto enfermizo. No le dolía nada, y encontrábase, sin embargo, enferma: era un mal misterioso que no era mal. En fin, ella no se pudo explicar lo que tenía, ni el médico que la visitó lo supo explicar tampoco. ¡Quedábase algunas veces suspensa, sin acción, sin movimiento, con los ojos fijos, aquellos grandes ojos de mirar puro! No respiraba, y sentía así como si el corazón se le paralizase repentinamente. Luego rompía á llorar de un modo desgarrado. Aliviábase, volviendo con len-

titud á una serenidad que tenía mucho de lúgubre.

—¡Antonio mío de mi vida! ¡Cuánto te quiero!—Tal era su oración de la mañana y de la noche. Abandonó mucho el cuidado de su persona. ¿Dónde estaba aquel refinado gusto en el vestir? ¿aquella pasión de niña por admirar á todos con su elegante atavío? No pensó ya nunca en nimiedades de esas. Como no salía de su habitación, la bata oscura que vistió la tarde última que habló con Antonio, era el traje que prefería. «Sí: lo mismo que él la vió aquel día triste,» así hubiera querido estar siempre: su carácter apasionado se reveló entonces tal como era. Al acostarse, no pasó ninguna noche sin besar el sitio de la mesita donde Antonio tuvo el sombrero la noche última que le vió. Era su amargura grandísima, y en estos instantes de recordación infausta se olvi-

dó alguna vez de Williams, de aquel hombre, causa primera de todos sus pesares. ¿Qué le importaba á ella Walker ni todo lo que no tuviese con Antonio relación, ó que no fuese Antonio?—¡Ay, Dios mío, Dios mío!—Y echábase á llorar sin consuelo: se quedaba sola y no permitía que la molestasen. Se irritaba si la interrumpían, y era temible su irritación: parecía volverse loca. Allí, echada en el sofá donde por vez primera habló con Antonio, permanecía horas y horas como si estuviese sin sentidos; y en verdad que eran entonces grandes y terribles desmayos los suyos. Acometíanle alguna vez, en estos períodos, sacudidas inmensas; despertábase sobresaltada y sonreía, cerrando á la par los ojos, creyéndose en brazos del adoradísimo hombre; pero nunca, ni una sola vez soñó en llamarle. Nunca se le ocurrió pensar que á una indicación

suya, por ligera y vaga que fuese, volaría Antonio á arrodillarse á sus pies, loco de ventura y de cariño; aquel Antonio mísero y desdichado como ella.

Ni un día, ni una noche, logró la tranquilidad el rendido amante desde la extraña y terrible escena. Salió con resolución de no hablar ni mirar nunca á la linda rabiosa, bien que el coraje del hombre era muchas veces olvidado por una lágrima impertinente, como jamás se vieron: «¡una lágrima que la perversa no merecía!» Pero ¡ay! enamorado de verdad nuestro mozo, no se dió punto de sosiego después, y todas las violentas impresiones pasaron en su corazón, para no dar cabida á otras que á la pena profunda é intensísima del desamor de la ingrata.

Al día siguiente empezó ya á pasear la calle donde Emilia vivía; pero, como no salió de su cuarto, le fué imposible verla. Por las noches, largos

paseos en las afueras, mucho suspiro y manotear de tonto. Sin duda que hacía bien en pasearse donde no le viesan, porque de otro modo se le hubieran reído en las mismas barbas. ¡Dios! ¡Qué enamorados! Acostábase después de muchas idas y venidas; y, eso sí, dormíase al instante: es cosa que jamás negó Antonio. Pero valgan verdades: soñaba con Emilia que era un primor. ¡Qué sueño! Siempre la veía, sonriente, feliz, y abrazándole. Jamás Emilia hubiera podido prodigar abrazos por ágil que fuese, con tanta profusión como los que se repartía Antonio, en sueños, á su gusto.

El despertar era muy triste por esa causa: todos los días igual. Por la mañana, al levantarse, sentíase con el cerebro henchido de grandes ideas de amor, surgidas de todo aquel soñar de la noche. Escribía una y otra carta larguísimas y amantes, sin atreverse

después á dirigirlas. ¡Ah! Temió siempre que la rabiosa se las devolviera sin abrir! ¡Incauto! ¡Así son todos los hombres! Caminan á ciegas sin saber dónde tropezarán con el infierno de la perdición: sin darse cuenta á sí mismos de la gloria que no disfrutan, por no saber donde existe. No podía comprender Antonio que una indicación suya solamente hubiera bastado para unirlos como se unen rápidas las lenguas rojas de un incendio. ¡No sabía Antonio que era amado por Emilia, ni del modo que era amado!

Trascurrieron así algunas semanas; y una sola vez que logró Antonio verla, creyó morir. Fué en el paseo. Consiguió la anciana amiga, una tarde, que saliese á dar una vuelta para aspirar un poco aires más puros: iban las dos en carruaje. Al verse los jóvenes, á ninguno le fué posible fijarse en la gran turbación del otro, por impedir-

selo la suya propia. La franqueza de ambos se reveló inmediatamente. Por parte de la mujer, no hubo esa impasible frialdad con que suele encubrir el corazón, en caso conveniente, á las ansiedades del hombre querido: se impresionó mucho, le miró con vehemencia, y creyérase que el alma, henchida de llantos, se le iba á desbordar por los ojos. Ella comprendió, al mirar á Antonio, porque sabía que era amada, todo lo que Antonio había sufrido. Se halló culpable de aquel sufrimiento, y el suyo fué mayor. Olvidada entonces completamente de Walker no había en su corazón aquellas impresiones lúgubres: habían muerto pasajeramente vencidas por otras mayores aún, que eran las de su amor. No luchaban ahora para contenerla, los sombríos fantasmas de su juramento, sino que, tomando posesión ampliamente en su alma las ideas naturales en la mujer,

y mucho más en Emilia, por su carácter fogoso, habíase entablado la batalla con el hombre: era el amor propio, el cariño, un orgullo que no debía existir si tanto le amaba. En resumen: no quería ser la primera en declararse vencida. Lo estaba: comprendíalo perfectamente. Pero ¡que le diesen al menos lugar á confesarlo!—¡Nunca, nunca se lo diré, si él no viene á mí de nuevo: es orgulloso y malo! Si tanto me ama no debía desperdiciar un punto en hacérmelo comprender.

Cuando le vió aquel día, rogó á Dios que se aproximara; en cuyo caso, apenas él le insinuase alguna palabra de amor, decirle ardientemente:—Calla, soy tuya: te amo y te amare toda mi vida.—Y no dejarle hablar siquiera.





IX

PERO el gran loco del hombre no pudo apreciar los pensamientos de Emilia, y siguió adelante sin atreverse á levantar de nuevo la vista: dije con anterioridad que los dos fueron francos. Ninguno disimuló: ella mostró su pecho tal como era, sólo que Antonio no lo pudo ver. Antonio no alardeó de orgullo ni fingió valentía, como hacen otros hombres, para precipitar á la hembra; sino que agachó la mirada tímidamente, de miedo de descubrir en Emilia un gesto ó ademán que le pudiera hacer más daño aún.

Siguió, pues, sin mirarla, tembloroso y turbado. La multitud le pareció en aquel instante de inmóviles espectros; muy oscura la hermosa luz primaveral. Perdió las fuerzas repentinamente y creyó que se caía. Tomó asiento, se repuso un poco y decidió alejarse de Madrid aquella misma tarde.

Cuando Emilia llegó á su casa, tuvo uno de aquellos largos paroxismos; y, una vez repuesta, sentía agudo placer en la mortificación de recordar lo anteriormente ocurrido. ¡Ella, que había formado su plan en el paseo, conforme divisó entre la multitud á Antonio! Con un movimiento solo que hubiera él hecho, para dirigirse á ella, habría mandado tener el coche. ¿Qué más para mostrar á Antonio su deseo de verle y hablarle? Detenido el coche, le hubiera hecho subir; y allí, antes de volver á casa, le hubiera dicho muy

bajo:—¡Te quiero, te quiero! ¡Qué afán tenía de que lo supieras!

¡Pobre Emilia!

En estas reflexiones hallábase, y la perfumada doncellita entro muy contenta con una carta en la mano. ¡Gran Dios! ¿En qué consistía la satisfacción de su doncella? Sin duda conoció la letra de Antonio en el sobrecrito: era de él, era de él. No la dejó hablar y le arrancó la carta bruscamente. La abrió temblorosa, y después que la hubo leído estalló en sollozos, y dijo:

—¡Ingrato, ingrato! ¡Se va cuando más le quiero!

Pareció desmayada algunos instantes: no habló, no abrió los ojos, y á la linda doncella oprimíasele el corazón de ver aquellas lágrimas que salían como á traición de los ojos entornados, deslizándose como el criminal en misterioso silencio. Recordará siempre la muchacha, que lo primero que hizo

Emilia fué suspirar, que se incorporó después un poco y miró á todas partes con tristeza, y que habló así, por último, cuando de nuevo leyó la carta:

—Ni aun puedo escribirle: no me dice á donde fué.

Quedó así esto. Al día siguiente se mostró reservada, triste, no pronunció una sola frase: decayó mucho su ánimo, ocurriendo con ella lo que con todos estos caracteres: son enérgicos mientras el arrebató de la impresión dura; después, nada: aniquilamiento rápido, la consunción mortal del espíritu y la impotencia triste del cerebro. Dábase á pensar en su dolor solamente, sin ocurrírsele nada para remediarlo. Martirizábase en repasar uno por uno todos los más imperceptibles detalles que contribuían á su dolor, agrandándolos á fuerza de pensar en ellos, y haciendo, por consiguiente, más grande su martirio.

A los doce días supo de Antonio y creyó morir de felicidad: era una carta larguísima, enamorada, llena de fuego. ¡Ah! Bien sabía Emilia que no la olvidó Antonio. «Ya que estoy condenado á no verte nunca, déjame que te escriba alguna vez; déjame que lo haga para consuelo siquiera de estas grandes torturas que lentamente me aniquilan. Yo no te escribí antes por miedo de que me devolvieras mis cartas, haciéndome así más desgraciado; preferí la duda, y esta duda que aun tengo es lo que me sostiene. ¡Consuelo bien triste! ¡Pero si tú supieras, Emilia, con qué poco se satisface el verdadero amor! Así, escribiéndote desde otro país distante, es más difícil que las puedas devolver. No te doy las señas de mi casa, y con eso continuo en la duda; pero mi corazón se destroza contándote sus impresiones. Algunas veces, recordando tu carácter,

abrigo por un momento la esperanza de que tal vez aquella franca demostración hostil que me hiciste la última vez que nos vimos, no estará en armonía con tus hondos y verdaderos sentimientos, y entonces se me figura que de repente cambia todo en el mundo para mí. ¡Perdóname, Emilia! ¡Por un beso tuyo doy mi vida y mi alma!»

No ponía las señas: ¡qué desesperación, que Emilia con aquella carta, impaciente, febril, no sabía lo que hacer ni cómo dirigirse al hombre amado! Vió el sello de correos, y la carta venía de Barcelona: estaba allí. Pero ¿llegaría la carta á su destino caso de que le escribiese? Lo pensó, y fué bastante para no escribirla. En ella todo había de ser instantáneo: sus mejores ideas fueron siempre nacidas en el cerebro como ráfagas. Así quedó muchos días, con las incertidumbres y zozobras anteriores; pero algo más reani-

mada, abrigando el consuelo de que Antonio seguía amándola; siendo así, si no un día otro, llegaría la explicación y la bendita felicidad con ella. ¡Sí, la felicidad! Y los ojos de Emilia fijábanse vagamente en el espacio, como intérpretes de su pensamiento, aquel pensamiento triste, que volaba errante, como ánima en pena, buscando siempre lo más hondo y lo más difícil, ó, lo que es lo mismo, huyendo de la paz que el corazón ansiaba.

Recibió por esta época noticias de Walker; habíase agravado su enfermedad: indudablemente moriría pronto. Aunque esperaba esto Emilia, le impresionó mucho la nueva: recordó sus relaciones con Walker y el amor profundo que le profesaba éste, y lloró conmovida.

—¡Ah! ¡Me querrá sin duda como yo quiero á Antonio, pobre Walker! ¡Cómo sufrirá cuando lo sepa! Yo no

quería engañarle, pero es más caritativo hacerlo. Puesto que no lo supo hasta hoy, que no lo sepa ya: morirá tranquilo á lo menos.

Entretanto, impacientábase Emilia y se desesperaba de la conducta de Antonio. Era el caso que no estaba más de dos ó tres días en un punto: hacíanse sus cartas muy frecuentes, pero siempre tenían las cartas señas de ciudades distintas. ¡Oh! ¡Qué impaciencia! Así podía estarse siempre y nunca acabarían, ya por una cosa, ya por otra. Recibió Emilia dos cartas seguidas de una misma población: estaba Antonio en Burdeos entonces. Las dos cartas eran muy tristes, muy reservadas, muy lacónicas. Se alarmó ella con este motivo: como un rayo de luz pasó por su imaginación un recuerdo: hablando de aquella ciudad, en cierta ocasión, con Antonio, oyó mencionar á éste la fonda donde se hubo hospedado. Te-

legrió, preguntando por Antonio, y se le contestó que estaba allí, enfermo. Cuando leyó el telegrama no hizo lo que se estila en estos casos, de dar un grito y caer desmayada. Su palidez era horrible, sin embargo, y tenía el corazón lleno de terrores. Se apresuró á telegrafiar de nuevo, al mismo Antonio esta vez, y con cierta esperanza de que su enfermedad no sería de cuidado, anunciándole una carta; y mientras recibió contestación, estuvo á punto, dos ó tres veces, de marchar ella misma. Contúvose, por fortuna.

Efectivamente: había estado enfermo Antonio, de bastante gravedad; pero cuando en la fonda se tuvo el telegrama, encontrábase muy aliviado. Se inmutó creyendo que Emilia pasó algo, y temieron los médicos una recaída terrible por sus tremendas impresiones, desde que anunció Emilia su carta hasta que la hubo leído. El

sol pudo iluminar, por fin, aquellas nubes que parecían querer eternizarse. Concluía así la carta:

«Ven, Antonio, ven. Yo he sido una loca, y lo soy aún, pero tú me irás curando esta enfermedad terrible de mi pensamiento. Si alguna vez te digo que no te amo, no lo creas: te quiero desde antes de conocerte, desde que recibí tu primera carta: adoro ese día como á la gloria y como á Dios. Recuerdo siempre el momento en que leía yo aquella carta y la impresión que sentí, como si adivinara ó presintiera la historia de nuestros corazones y de nuestro cariño. Ven, Antonio. Decías que por un beso mío dabas el alma y la vida: yo quiero que vengas para que me des ese beso; pero pido por él más que la vida y el alma: pido otro beso: uno que tú me darás. Sí, me lo darás; la vida y el alma, no: quiero yo que tengas alma y vida para

seguirme besando... ¿Te parece loca esta carta? No lo creas. Es que al fin se desbordan todos los sentimientos de mi corazón. Soy dichosa de poder escribir todo esto; siento en mí una alegría que me aterra casi por lo inmensa: es una alegría de que está lleno mi corazón y mi cerebro, que golpea mis sienes, que palpita en mi sangre, que ruga, que se desborda. ¿Tú no sabes lo que eso significa? Pues que yo amo y que te hablo de mi cariño: no te asombres, no te aterres de verte querido. Así, ven. ¿Tú no lo sabías? Pues te quiero, te quiero como no quiere ninguna mujer: ellas no saben. Yo no me parezco á ellas; yo soy sola. Ven, Antonio de mi alma; y nunca más en tu vida dudes de mi cariño; nunca te intimide la superioridad que en mí encuentras, según alguna vez me has dicho. Cuando llegues á mí, llega triunfador, orgulloso y contento: sabe que

la que aquí te espera, está rendida, y no puede ser tímido con un esclavo el señor y dueño. Llega á mí, sabiendo que soy tuya, como sea y cuando sea: gózame, mátame, hazme pedazos, pero déjame á mi vez que yo te dé un beso: el beso de tu

»EMILIA.»

Cuando Antonio acabó de leer el escrito de la terrible apasionada, le pareció faltarle la existencia de pronto; quedó sin conocimiento algunas horas y se alarmaron los médicos: era segura la recaída. Sin embargo, no ocurrió esta desgracia, y fué restableciéndose con suma rapidez: no pasaba día ahora sin tener noticias de la extraordinaria y adoradísima mujer, y su ansiedad única era partir inmediatamente, correr á los brazos de Emilia. Ella supo en el estado verdadero en que se encontraba él, y quedó algo tranquila.



Una de sus cartas, dijo: «Yo hubiera querido ir inmediatamente de haber tenido noticias tuyas, pero temí no encontrarte ahí ya, ó no estar aquí, si tú me escribías anunciándome tu vuelta. Ahora no puedo ir tampoco: no es que no pueda, que no me dejan: por primera vez en mi vida, no hago lo que se me antoja. ¡Ya ves, cuando era para estar á tu lado y cuidarte!»

Preguntó Antonio, con mucha inquietud, lo que ocurría para que no la dejasen venir; y ¡qué extraña emanación se desprendía de la respuesta que tuvo Antonio! Al tratar del asunto de más arriba dijo que no estaba muy buena, y el médico se opuso con toda su energía á que marchase. Estos sabihondos son así: la ven á una pálida y de mal gesto, y ya creen que estamos al borde del sepulcro. No sabe el infeliz que mi palidez de ahora es de de-

seo de verte, y mis insomnios y mis lágrimas inexplicables.

No aguardó Antonio más: convaleciente aún, muy delicado, puso un telegrama á Emilia; y, sin atender razones, salió al día siguiente. Iba febril, pensando en la enfermedad, en la tristeza, en las lágrimas de Emilia: sí, de Emilia. ¡Oh, Dios! ¿Era posible que Emilia le amase? Y se echaba á llorar como un niño pensando esto:

—Sufre y está enferma: ¡pobre Emilia de mi alma! Yo habré tenido la culpa, yo. Pero ¿qué tendrá? ¿Qué tiene?

Lo que tenía la mujer nadie lo acertaba. Consultándose ella á sí misma, decía, sonriendo melancólicamente:

—Amor, muchísimo amor á mi Antonio.

La noche que debía llegar no dijo una palabra á su madre ni á la doncella. Hizo salir á ésta y á los demás

criados. La señora se acostó muy pronto, como de costumbre: sí, quería ser ella sola la que recibiese á Antonio, abrir la puerta, coger en su oído la primera modulación de su primer palabra, coger en su retina el primer contorno, el primer rasgo, la primera línea que del cuerpo ó las facciones del hombre se le presentasen. Se vistió esmeradamente, y las telas de su vestido, finísimas y blancas, la hacían asemejar un pálido ángel envuelto en nubes: sonreía mirándose al espejo, diciendo en su corazón, en su alma, en su espíritu:

—Para él, para él.

Había enflaquecido mucho, pero no desmereció su hermosura, aquella hermosura imponderable y delicada, á la que parecía rodear entonces una aureola de misterio que la engrandeció; la aureola de su alegría: latía el corazón con fuerza, y conteníasele

el aliento, pensando no. más en que por aquella puerta tenía que aparecer Antonio.—En una de esas sillas tendrá que sentarse; ¿cuál será la baldosa primera donde pondrá el pie? —Y miraba á un lado y á otro, estudiando minuciosamente si faltaba algo para recibir con dignidad al hombre querido.

—¡Ah!—pensó luego sonriéndose.
—No falta nada: estoy yo.

Fué de noche. ¿Sería posible que llegase Antonio dentro de dos horas, dentro una hora quizás? Aturdíase pensándolo, y de felicidad, se contraían dolorosamente su corazón, y en sus facciones aparecía un sello como el de la muerte. ¡Oh, sí! ¿No ha sido ninguno de vosotros desgraciado de tanto placer? ¿No os ha dolido el corazón de alegría? Era una noche hermosa, una noche que hizo Dios expresamente, sin duda, para ornamento de la

primera cita de amor de Emilia y Antonio. Habíase echado ella en un sofá y entornó los párpados blandamente: velábase la luz en la bella estancia con la fina bomba de alabastro: una brisa fresca, saturada de no sé qué perfume, introducíase por los balcones entreabiertos. Emilia estuvo pensando bastante en aquel perfume que ella sola aspiraba, y descubrió, al fin, que era este perfume el del amor del alma que le traía Antonio. Fué un problema que solucionó muy pronto. ¡Oh, enamorados, qué grandes sois!





X

AVANZABA la noche con una lentitud desesperante. Aquella noche, fué más larga que todas las de un mes; y aunque sentía cierta flojedad en sus músculos, y pesadez grandísima en el cuerpo, hubo un instante en que se arrancó del sofá como disparada. Fué de un lado para otro de la habitación, entretúvose en contemplar los dibujos de la pared, las molduras de los cuadros; se alarmó al fin, y un frío glacial invadió su cuerpo, pensando solamente que Antonio dejase de llegar aquella misma noche.

—No quiero pensarlo,—dijo.

La palidez de su rostro fué desapareciendo con lentitud; se coloreaban sus mejillas con aquel fuego extraño de la sangre: era la fiebre, que comenzaba á invadirla. Tuvo una idea que le pareció feliz: abrió el balcón del todo, y poniéndose en él pensaba:

—Me verá desde abajo: ¡qué alegría!

Y su pensamiento fué allá, á introducirse en el de Antonio, para pensar en lo que Antonio pensaría, viéndola en el balcón, desde la calle:—¡Allí está! ¡Allí está mi Emilia, que me espera! ¡Oh, buen Dios, qué feliz soy! Su figura se destaca allí: parece un fantasma de luz, entre aquella sombra. ¡Oh, Emilia mía! ¡Ya voy, ya voy!

Deleitábase de pensar todo esto, queriendo hendir á la par, fieramente, la negrura del espacio, con la centella de luz de sus pupilas... Quería verle... verle llegar. Cerró los ojos y suspiró.

Al abrirlos quedó con la mirada absorta en el oscuro cielo. No diré dónde vivía ella, precisamente; pero sí que era muy cerca del viaducto, por la parte del alcázar. Contemplábase desde sus balcones el ancho espacio, que parecía entonces inmenso abismo; miraba Emilia al cielo, y las nubes, amontonadas y negras, parecían monstruos preparándose á la lucha; pero las ráfagas frescas de extraños perfumes, no cesaban de acariciar la frente de Emilia. ¿Qué tenía que ver con lo del cielo, si el cielo de verdad estaba abajo y tendría que subir hacia ella?

—¡Oh, pero cuánto tarda!

Aspiró con delicia el aire puro, y otra vez dirigió al espacio las pupilas. ¡Qué negra inmensidad! Contemplaba en el fondo, la calle de Segovia; recta, larguísima, pendiente, con sus reverberos solitarios; semejando desde la altura un río de luz perdiéndose en

la campiña medrosa; le parecía el viaducto enorme catafalco de hierro, triste, funeral, que inspiraba ideas melancólicas; más abajo veía los edificios, destacándose en la oscuridad sus terribles y extravagantes siluetas; el espíritu de Cuasimodo parecía flotar, lúgubre, en la tremenda soledad de aquellos lugares, imprimiéndoles un sello extraño de grandeza y muerte; y allá lejos, más lejos aún, y en el fondo del abismo, divisó multitud de luces misteriosas, semejando en la negrura, estrellas desprendidas del espacio.

Sintióse Emilia con el corazón oprimido, y creyó por un instante verse rodeada de espectros. Vió levantarse lentamente la figura grave de Williams. Relampagueaban sus ojos sombríos, y creía que los brazos del fantasma iban alargándose para cogerla y conducirla y otros lugares también de muerte á

desolación. Se estremeció, convulsa, al recordar el horrible juramento. Sudor frío brotaba á su piel, y el espanto de morir sin la alegría de contemplar al hombre querido, heló su sangre. Oyó de repente un violento campanillazo, y aquella sangre helada hirvió de súbito, subiendo á su cabeza. Ahogó la garganta, un grito de alegría loca: era Antonio, y sin embargo, aun permaneció allí, cogida fuertemente al hierro de la baranda: fijó en el espacio los centellantes ojos, y había en aquella mirada, algo de reto á la inmensidad. Sí: era un desafío á la otra mirada fulgurante y terrible de Walker.

La mirada de Emilia pareció decir: —¡Imbécil! ¿Qué importa que muera si es en sus brazos?—Y corrió entonces á la puerta.

Abrió, temblando, con la vista nublada, sudoroso el cuerpo, estremeci-

do el corazón: abrió la puerta por donde Antonio había de entrar... y decía al abrir:

—¡Ah! Williams, mátame pronto, si no quieres que huya tu espíritu, espantado de la terrible alegría con que me entrego.

Abrió... abrió y cerró después precipitadamente: cogió una mano de Antonio; le condujo así hasta su habitación. Ninguno hablaba, pero quemábase el uno al otro al contacto de las manos. En la habitación ya, cogió Emilia la cabeza de Antonio y la volvió hacia la luz: el suave reflejo, cayó sobre las facciones pálidas del convaleciente. Antonio la dejó hacer, temblando, ansioso, sin hablar, profundamente conmovido. ¡Ah, sí! ¡Él era! Estaba allí, á su lado; podía abrazarle ya; podía ser suya; podía morir con el primer beso que el hombre le diese. Todavía quedó mirándole sin creer en

aquella felicidad inmensa y terrible. Alzó luego los brazos, rodeó con lentitud el cuello del hombre; sí, con mucha lentitud, para que el deseo paladease con más fuerza el ansiado deleite. Sintióse abrazada también; inclinó la pálida y gentil cabeza en un hombro del enamorado; suspiraban ardientemente, apretábanse. ¡Oh! No se satisfacían. Sin desprenderse del abrazo, miráronse los dos luego, así, juntos, muy juntos los semblantes. El alma de los dos, brotando á los ojos, iluminados por el placer, quedaron abrazados, mirándose, estremecidos, pálidos, sin satisfacer nunca la ansiedad, sin llegar nunca al término. Estrechábanse ansiosos y se iban velando al par sus ojos de lágrimas. Ella inclinó de nuevo la cabeza en el hombro de él y continuaron unidos gozando terriblemente de aquel instante, allí de pie, bajo el reflejo suave de

la lámpara de alabastro; bajo aquel reflejo que parecía una bendición de luz: levantó ella los ojos y le miró nuevamente; ponía sus mejillas sobre las de Antonio... y ¿lo creeréis? el olor de su barba, la volvía loca.

—¡Bésame, por Dios!—tales fueron sus palabras primeras.

—¡Emilia!—dijo él suspirando; y la besó. Así fué el primer abrazo y así fué el primer beso de Emilia y Antonio.

Ninguno podía ya resistir la emoción. Hallábanse los dos delicados, enfermos.

—Bien, — dijo ella, — ven aquí. — Y sentáronse en el sofá.

--Cuéntamelo: cuéntame todo lo que sufriste; lo que has llorado por tu Emilia, tus impresiones y tu enfermedad.

El creía que soñaba, y satisfizo lleno de placer las preguntas. Cogíanse las manos y se miraban.

—¿Y me perdonas?—preguntó élla.

—¿Pero tú estás loca? ¿De qué te voy á perdonar, cuando así me haces dichoso? Deja, deja que te mire; deja que goce de esta alegría, que me parece un sueño. Háblame; que te oiga; dime que es verdad que me quieres; dímelo. Mira que necesito convencerme de la realidad para ser feliz por completo.

Cerraba ella los ojos al oír aquellas dulces melodías. Le miró después extasiándose en la contemplación.

—Oye,—dijo;—yo no sé explicarte cómo te quiero. Ven, ven, así; inclínate así; tu cabeza sobre mi corazón. Déjame besar... Pero, ¿por qué tiemblos? Di.—Y besaba locamente los cabellos de Antonio, acariciábalos... quedó al fin mirándole en silencio.

El se deslizó hasta quedar de rodillas ante Emilia. Se cogió ella á su cuello y él á su cintura. Inclínaba

Emilia la cabeza y le sonreía. Decíale en su sonrisa:

—¿Qué quieres? Pide: tu esclava te lo implora.

Comprendió aquella mirada, y como era noble, supo medir su grandeza. Cogió la mano de Emilia y la besó con respeto.

Emilia comprendió también y se echó á llorar. ¡Oh, qué grande era el corazón de Antonio!

El la contemplaba, como asustado de tanta felicidad. Todavía no estaba convencido.

—Pero ¿es verdad que eres mía? ¿Es verdad? Dímelo,—exclamó. Y apretaba los labios y cerraba los ojos, y estremecíase de pensar en su pregunta.

—Sí,—dijo ella, tranquila, sonriente.—Soy tuya. Lo seré mientras viva. Lo seré después de muerta. Mi alma la tienes toda; mi cuerpo cuando quie-

ras. Es tuyo: dispón de él. ¿Estás convencido? ¿Te convences? Mi alma y mi cuerpo,—repetía, gozando de pronunciar aquellas palabras.—Elévame un altar ó mátame. Siempre tendrás mi sonrisa y mi amor. Así es como yo amo... ¿Qué te extraña?

—Es muy grande eso y parece que no llega á mí.

—¡Pobre Antonio!—contestó. Y le miraba conmovida.—Pero ¿qué hago yo para convencerte?—Y tenían sus palabras todo el sentimiento hondísimo de su corazón.

La vió Antonio allí, dulce, cariñosa, hermosísima, con su palidez, su tranquilidad: parecía una mártir dispuesta al sacrificio, pero ¡qué sacrificio Dios poderoso! La admiró recostada en el respaldo del sofá, y contemplándole con amor sublime. Había en la mirada de Emilia algo de aquel santo misterio de la noche; serenidad y tristeza á

la vez. La vió llorar de nuevo y preguntó afanoso:

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

No contestó Emilia. Inclínó la cabeza hasta tocar con sus ojos la boca del amante.

—Seca mis lágrimas,—dijo;—sécalas tú y no lloraré más.

Él las secó besándolas. Y así, de rodillas ante ella, apoyándose de brazos en su falda, juntas las cabezas, habló Antonio otra vez, contando sus dolores extinguidos. Refiriéronse después á todo: al pasado, al porvenir. Una terrible tentación apoderóse de Antonio: la de hablar de Walker. Ella pareció comprenderle, y, queriendo la felicidad entera del hombre, pues así entendía y sentía el amor, llevó el diálogo hasta el punto de no haber otro remedio. Se pronunció al fin el nombre, y al pronunciarlo clavó Antonio sus pupilas con ansiosa

avidez en las de Emilia. Ella le sonrió dulcemente, comprendiéndole ahora también; le estrechó en sus brazos y le besó la pálida frente; luego murmuró en su oído:—Soy tuya; soy tuya.

El colmo de la felicidad de Antonio. Emilia no pensaba ya en la locura de su juramento.

Al día siguiente se presentó Antonio en su casa. La viejecita se alegró mucho y se alegró más al saber que habían concertado la boda.

—Bueno,—dijo;—me moriré contenta, porque serás feliz. Emilia la abrazó conmovida.

Puesto que no había obstáculo ninguno y lo deseaban ellos ardientemente, se verificaría el casamiento al finalizar el mes. Faltaban quince días.

El médico estaba entretanto hecho un energúmeno: no podía conformarse de ninguna manera con que Emilia se abandonara así.

Antonio se inquietó también algunas veces; pero ella le sonreía, diciendo:

—Calla, tú: mi enfermedad, yo la conozco y sabré curarla; pero hay tiempo: déjame quererte.

Salían, paseaban juntos, iban á todas partes. Ella hermosa, elegantísima, admirando á todos y enloqueciendo al hombre á quien tanto amaba. ¡Qué mayor alegría, para una mujer, que la convicción íntima de ser amada con locura por el hombre mismo á quien locamente ama! ¡Oh, Antonio, Antonio!

Pero agradábales mucho más, estar-se juntos y solos en el nido. Aquella habitación, aquel cuarto de Emilia, que tan gloriosos recuerdos encerraba en su quietud misteriosa! Al entrar allí, sentíanse suspensos, recordando todas las vicisitudes de su cariño. Esperando á Antonio, quedábase Emilia,

en muchas ocasiones, contemplando aquellos queridos objetos; aquellos muebles... el entredós que había á la izquierda, en el ángulo, entre el balcón y la puerta. A la derecha, la mesita de la máquina de coser, con su funda de caoba; enfrente, el costurero, barnizado también y pulimentado; junto á la pared, las dos grandes poltronas: una, entre el costurero y la máquina; otra, junto al lavabo y cerca también del costurero; más allá del lavabo, la puerta del dormitorio; y en el centro, la mesa redonda de gran tapete azul. Fijábase en la pared, y se recreaba en la contemplación de *La Primavera* y *El Invierno*, dos figuras alegóricas, muy lindas, que gustaban á Antonio bastante. Todo tenía recuerdos gratísimos. Seguramente que si hubiera tenido que dejar esta habitación, sufriría mucho. Cuando estaban en la calle, exclamaba ella, de pronto, alguna vez:

—Se me figura que no me quieres tanto como allí.

Allí, era su habitación; *nuestra habitación*, como ellos decían. Esto era bastante para que volbiesen al cuarto de Emilia.

Dicen que las grandes pasiones tienen funestos resultados para los mismos que las experimentan. Pensando así, algunas veces, estremecíase Emilia. Pasaba por su cerebro como un relámpago la figura de Walker sombría, lúgubre, haciéndola estremecer, como en las noches solitarias las luces mortecinas que iluminaban opacamente el enorme ataúd de hierro atravesado en la calle de Segovia.

Pero desechaba aquello muy disgustada de sí misma: hasta se le figuró ofender á Antonio con tales ideas, acusándose de poco cariñosa.—Sí; muy poco he de quererle cuando el cariño que le tengo no basta para olvidarme de todo.

Faltaban dos días para el casamiento. Se verificaría sin ostentación ninguna. Fuera estorbos. Nada de tren, ni de viaje. Demasiado habían viajado ya ellos; allí, en el nido; en la querida habitación; en el mismo sofá, ante la misma mesa...

Era al caer de una tarde. Estaban los dos muy alegres. Hallábanse abiertos los balcones, y el cielo solo, era espectador de la escena que ocurría en en el cuarto de Emilia Salazar.

Estuvo con Antonio en el balcón un rato y se metió en la sala de pronto.

—Vente,—dijo, tirando de él.—Estoy muy cansada.

—¿Qué tienes?

—Vente,—repitió ella.—Vamos á sentarnos... ¡Ay, cómo me duele la cabeza! ¿Qué tendré yo esta tarde?

Sentábase en el sofá al mismo tiempo y él lo hizo también, quedando junto á ella; la miró anhelante.

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes?—repitió.

—Anda, tonto... que no puede una decir nada. Ya estás muriéndote de susto.—Y se echó á reír.

—Pero ¿estás mala de verdad, Emilia?

—¡Hombre de Dios! Que me duele la cabeza y listo. No vayas tú á parecerle al médico: ¿sabes? Te lo pido por la Virgen: mira que se pone muy machacón, y á lo que yo veo, resulta que no sabe dónde tiene la nariz. Esto de la cabeza tendrá que ser, sin duda, del calor que hizo hoy. Verás tú qué pronto se quita cuando la noche refresque.

—Júrame que no estás mala.

—¿Quieres callarte?

Hizo un mohín graciosísimo y alzó una de las lindas manos como para imponer silencio. Cogió él aquella mano y la contempló un instante. Pálida,

enflaquecida, sentíala arder entre las suyas. Pasó entonces por su imaginación la idea de que Emilia pudiese morir, y un gran sollozo se escapó súbitamente de su pecho. Estrechó con frenesí aquella mano, la besó, y Emilia le miraba estremeciéndose.

—¡Cómo me quiere!—decía.—¡Cómo me quiere! Vamos,—exclamó al fin;—mira Antonio: tú eres un niño, y á fuerza de creer que estoy mala vas á conseguir que me ponga. ¿Me quieres mucho?—interrogó de pronto, retirando las manos y escondiéndolas en su falda. Él quiso cogerlas; pero Emilia, juguetona, alegre, latiéndole el corazón de goce infantil, las escondió más, y se retiró un poco.

—No, no, dímelos;—repetía á la par.—¿Me quieres mucho?—Y sonreía y entornaba los ojos. ¡Ah, qué hermosísima estaba! Parecía un lirio doblándose por la falta de un beso. Antonio la

contempló como en éxtasis, sin contestar, embriagado con el perfume de aquella flor, entreabierta siempre y esperando con la risa de los ángeles, la felicidad de que le arrancase el hombre, de una vez, todo su perfume.

—¿Me quieres?—repetía, y se retiraba, mirándole de reojo, con malignidad hechicera.

No se pudo contener Antonio. La cogió en sus brazos y la apretó ardentemente. Ella se dejó abrazar conmovida, asustada; alegre al mismo tiempo; se encogió allí, como la paloma encoge las alas, y apretaba el busto gentil al pecho del amante, como buscando el nido. Luego quiso alardear de valentía.

—¡Quita, tonto! Suéltame! Ya me puedes estar soltando!—No le hizo caso él.—¡Ay, que me lastimas... que me lastimas!—prosiguió ella, quejumbrosa.—Ya lo sabía, añadió echándose

á reir otra vez. Mira qué pronto me has soltado. ¡Uuu...! ¡Feo!

Jamás ha sido tan feliz un hombre como lo era aquél.

Continuaban hablando, lo de siempre: ambrosía de las flores y cantar de las aves. Ella se quejó otra vez de la cabeza.

—Vamos, no puedo resistirlo. Mira, haremos una cosa: como las horquillas me molestan, voy á despeinarme. No te incomodarás por eso: ¿no?

Antonio la miraba enajenado de de placer. Ella se levanto, se quitó las horquillas y soltó la trenza, larga y brillante. La estaba deshaciendo y cayóse una horquilla. Se inclinó á cogerla y dijo al mismo tiempo:

—¿Te has olvidado ya de aquel arco de luz quebrándose de que me hablabas en tu carta primera? Este es: aquí lo tienes.

Miró Antonio aquel cuerpo gentil,

airoso, envuelto en los vaporosos tules. No sé qué mundo de llamas pasó por su cerebro: creía cegar: adivinó, en unos horizontes inconmensurables y vago-rosos, la figura espléndida de una Venus de nieve que le quemó, sin embar-go, las pupilas. Ella azotó su rostro con el pelo.

—No se mira más, señor mío.

No contestó él, no hizo un movi-miento: dejó de mirarla y suspiró.

Ella entonces, fué lentamente á él. Se colgó á su cuello, y bajo, muy bajo, como Dios habla con la Virgen para no despertar á los ángeles que duermen, exclamó á su oído:

—¡Pa... sado... mañana... na!





XI

EL pasado mañana llegó al fin. Al levantarse Emilia, fué al balcón y alzó un visillo: hizo un mohín de contrariedad: presentábase mal día: el cielo estaba oscuro, amenazando tormenta. El casamiento sería por la noche: fué un capricho de Emilia y hubo que satisfacerlo. No había tampoco nada que lo impidiese, era igual.

Ella contaba con un día hermoso y una noche apacible, como aquellas anteriores que pasó hasta bien tarde, con Antonio á sus pies, enamorado y amantísimo.

Le pareció, por esta causa, de mal agüero la fealdad del día. Aunque ella hizo siempre todo lo posible, batallando enérgica, por no entregarse á las extravagancias de los agüeros y las fantasías, hallábase dominada frecuentemente de ellos, estando sola sobre todo. Con el escudo del hombre querido, contemplándole y oyendo la eterna plegaria de amor, olvidábalo todo, la tierra y el cielo.

Habían quedado los amantes en no verse hasta el instante de ir por la bendición á la iglesia. Asistirían al acto los testigos no más: el médico, la madre y un compañero de Antonio; la vieja compañera de Emilia, su doncella: nadie, nadie más. ¡Egoístas!

¡Oh, condición humana! Contemplaba ya Emilia realizados sus más ardientes sueños, y, no obstante, pasó aquel día inquieta. No supo qué hacer durante sus largas horas, se arrepin-

tió de haber concertado con Antonio que éste no fuera, y estuvo á punto de enviarle una carta, diciéndole: «Ven, Antonio, ven, que tengo miedo.»

¡Miedo! ¿De qué? ¿Podría ella contestar acaso? Hallábase mal, sin comprender lo que tenía: una angustia, una opresión que la martirizaban. No podía achacarse su malestar á cosa que tuviese relación con el espectro de Catton-Hill, porque maldito lo que pensaban entonces en él.

Se levantó muy temprano sin duda, porque á las dos de la tarde parecieronle una eternidad las horas que trascurrieron, ¡y ni un rayo de sol siquiera, había salido aún para alegrarla! Poníase el cielo más oscuro: cerca de las cuatro eran, y parecía de noche. ¡Ah, qué congoja! Arregló sus vestidos para distraerse; abrió por centésima vez las cajas que contenían los regalos de Antonio y los estuvo

mirando: abría una caja y otra; y, cerrándolas, ponía un beso en la tapa. ¡Eran de Antonio!

Así pasó la tarde, con lentitud horrible. Fué al balcón á eso de las cinco: al mirar aquellas nubes negrísimas, se metió dentro, haciendo á las nubes otro mohín. Quería decirles:—Andad al diablo.—La entendieron las nubes. —¿Al diablo? Pues prepárate ahora... Pum...pum...—Y empezó á tronar bárbaramente. ¡Dios, cómo llovía luego! Emilia pareció ahogarse.—Pero ¿por qué no viene?—dijo;—y se echó en el sofá. No quiso vestirse; no quiso hacer nada.

Su habitación fué llenándose de oscuridad, que se pobló de fantasmas á los ojos de Emilia; espectros que danzaron misteriosamente delante de ella. Veíalos, con los ojos cerrados, y estremecíase cuando creyó alguna vez que los sombríos fantasmas rozaron

su rostro con las puntas de sus cendales. Seguía tronando y cayendo la lluvia. La atmósfera, pesada, introducíase en los pulmones de Emilia, que respiró ya fatigosamente. Tuvo miedo de abrir los ojos, de alzar la voz, llamando á la doncella; pero logró la suerte de que entrase á poco, llevando una luz.

Vió la muchacha el rostro de Emilia, y arrugó el suyo.

— Anda, — dijo con familiaridad encantadora: — ¿ceño tenemos?

— Mira: hazme el favor de callar, ó pago contigo.

¿Querréis creerlo? Ante las contundentes palabras de la señorita, se echó la criada á reir.

— ¡Ay, Dios, qué susto! Bueno, riñame, mejor: cuando venga el señorito, me hará V. un regalo por haberme reñido.

— ¿Quieres irte, fea de los demonios?

La criada se quedó mirándola con graciosa impertinencia. Era tan picaresco y tan encantador su rostro, que Emilia sonrió involuntariamente. Con aquella sonrisa, la muchacha conquistó el campo del todo, y charló hasta la punta de los pelos: hizo un bien, pues consiguió distraerla.

Había empezado á vestirse con ayuda de la chica. Terminando la operación se hallaban, y oyeron la campanilla: eran Antonio y su madre. Vestida ya la novia, quedaron solos los enamorados: la madre de Antonio, entreteníase hablando con la vieja señora.

Contó la joven, á su futuro, todo lo que había sufrido con la ausencia.— ¡Ay Antonio! Me pareció que nunca más te vería!

—Pero oye,—dijo él, bromeando;— ¿y cuándo yo tenga que alejarme... que viajar...?

—Echaré yo delante: ¿tú qué te has figurado?

El no contestó: no la oyó siquiera: habíase quedado contemplándola. ¡Qué hermosísima! ¡Qué sencillez al mismo tiempo! Pasión y franqueza había solamente en aquellos ojos negros y acariciadores.—¡Emilia mía!—dijo Antonio.—¡Te quiero... te quiero mucho!

Entró la criadita en aquel momento: llamó á Emilia con un ademán: salió ella, y la otra le entregó un telegrama.

—Lo acaban de traer,—dijo. Lo leyó Emilia... ¡anunciábanle la muerte de Walker! Era el golpe rudo, y la impresión primera fué grandísima: iba á caer, la sujetó la doncella, aterrada; pero Emilia se repuso inmediatamente, siguiendo en su costumbre de no desmayarse.

—Vete y nada digas,—ordenó á la doncella. Se quedó sola, y una lucha terrible bramó en su cerebro. Alzó

después fieramente la cabeza.—Sí, —dijo;—ó me curo esta noche de esta enfermedad triste de oscuridades y fantasmas, ó me volveré loca y no me curaré nunca: ó me caso esta noche, ó no me caso jamás.—Y llegó otra vez al lado de Antonio.

—¿Qué era?—le preguntó él.

—Nada,—contestó secamente. Sentíase furiosa contra sí misma de aquella pavora que se iba apoderando otra vez de su alma. Antonio la miró con extrañeza.

—Vamos, vamos ya;—dijo Emilia, muy nerviosa. Salieron todos. En la hora y media que trascurrió desde recibir el telegrama hasta encontrarse unida por siempre en yugo indisoluble con el hombre amadísimo, sufrió Emilia todos los tormentos. Estas congojas, la hicieron adorarle más, aunque no estaba su ánimo para demostraciones exteriores de cariño. Cuando se vió

ya esposa de Antonio, negábase á creerlo: tuvo que convencerse, y un gran suspiro brotó á sus labios. Con aquel suspiro, se descargó de un peso enorme que la aplastaba: á cada minuto, á cada segundo transcurridos, había vuelto la cabeza, temerosa de contemplar súbitamente algún ser extraordinario que fuese á separarla de Antonio: la sombra de Walker, vagó sobre su pálida sien de muerta. Cuando el sacerdote los bendecía, miró al marido con ternura misteriosa. Observó Antonio aquella mirada y quedó sorprendido. Creyó notar algo más que amor, en aquellos ojos: era resignación. No sé qué cosas grandes se iban apoderando del corazón del hombre.

Volvieron á casa. Había cesado la lluvia, pero seguía el tiempo malo. La cena fué algo más animada, porque Emilia pareció menos triste: sin embargo, seguía mirándole de aquel modo

particular... Pasó tiempo: al fin quedaron solos. ¡Qué cosa más extraña! La impresión que sufrieron al verse solos por vez primera después de casados, fué de timidez, de irresolución: mostrábase la mujer encendida por la vergüenza, sin desechar por eso los grandes temores secretos de su alma. La contempló Antonio con cariño indescriptible y tampoco se atrevió á desplegar los labios. Había cambiado antes, la mujer, su traje de novia por una rica bata de seda: los anchos encajes del escote, encubrían con dificultad el seno blanco y suavísimo, terso y duro como la hoja de magnolia, ebúrneo y ardiente como la fina bomba de alabastro que amortiguaba la luz, sumiendo la habitación en misteriosas penumbras, donde parecían danzar unos pérfidos diablos de dulces risas y ojos llameantes.

Antonio fué el primero en salir de

aquella inmovilidad y aquel mutismo: fué á la puerta y la cerró con llave. —Para que no tengas miedo,—dijo sonriéndose.

Emilia permaneció de pie, sin moverse: hacía, con los índices y pulgares de ambas manos, unos dobleces muy menuditos en la delantera de la falda: tenía inclinada la cabeza, y hallábase muy abstraída en la importante ocupación.

—¿No me has oído?—dijo él, acercándose.

—Sí,—contestó ella temblando.

Llegó Antonio: rodeó con un brazo la gentil cintura, y con la otra mano acarició las ardientes mejillas.

—Pero vamos á ver: ¿qué tienes? Adivino lo que me vas á decir: que no es nada. Pues mira: estoy convencido de lo contrario, y harías mal empezando por engañarme desde la primera hora de nuestro casamiento.

—No te engaño, Antonio,—contestó ella, conmovida—no te engañaré nunca, tampoco. No sé lo que me pasa. Perdóname, Antonio, perdóname: ¡tengo miedo!

Una nube pasó por la mirada de Antonio: recordó el llamamiento de la doncella, las inquietudes de Emilia; después, su irritación, su actitud en aquel instante. Conocía profundamente á su mujer, y sospechaba alguna cosa que tendría relación quizás con Walker.

—Vamos, ven, Emilia: no te apures así. ¿No ves lo que yo me disgusto? Ven, así, al sofá. ¿Te acuerdas de la primer noche que nos vimos?

Ella alzó los ojos, inundados de lágrimas.

—Sí,—dijo suspirando;—me acuerdo, me acuerdo siempre. ¡Qué hermoso me parece todo esto desde entonces, y qué hermosa la vida, aunque tanto he sufrido y llorado! Amame

siempre, Antonio: no puedes figurarte cómo es acreedora á ello tu pobre Emilia.

—¡Pero tú vas á volverme loco, mujer!—replicó él con tristeza.—¿No comprendes que mostrándote así esta noche, en este instante, voy á dudar de tu cariño y seré infeliz?

Ella se arrojó á su cuello, exaltada; le estrechó sobre su corazón, le besó llorando.—Nunca, nunca digas eso,—repetía entre sus lágrimas;—nunca digas que dudas de mi cariño, porque me matarás: ¿lo entiendes? me matarás. Yo te lo digo; yo te lo advierto: nunca dudes; y si dudas, ocúltalo bien, que yo no lo comprenda. Mira que lo que hago esta noche por nuestro amor sólo se premia con la alegría de verte feliz, de verte loco de pasión en mis brazos y á mis pies, como á tus pies y á tus brazos yo me arrojo.—Se arrojó al decir esto, y alzó la cabeza

para mirarle: el peinado cayó deshecho en bandas negrísimas sobre la blanca y brillante seda. ¡Qué hermosa! No parecía una mujer: era una ilusión arrodillándose para implorar la vida. El cerró los ojos: comprendió ella lo que había pasado por el cerebro de su marido, y palpitó de gozo. Iba animándose, considerando su gran sacrificio, aquel enorme sacrificio que hacía por el amor de Antonio. *¡Morirás en el instante de pertenecer á otro hombre!* Las palabras de siempre; las terribles palabras de Walker y la sombra de Walker allí, flotando en la habitación para dar fuerza á sus palabras.—¿Moriré al fin? ¿Será cierto, Dios mío?—pensaba. Y estrechábase con fuerza al cuerpo de Antonio. Fué se apoderando de su cerebro alucinación espantosa; veía dar vueltas la habitación; y la figura de Williams, seria, grave, con el rostro cadavérico

y las pupilas resplandecientes, tristes; multiplicábase, yendo á un lado y á otro de la sala, escondiéndose en los rincones, alargándose como engendro infernal, subiendo por las paredes, doblándose en los ángulos del techo. Temblorosa, jadeante, se apretaba Emilia contra Antonio, y aun tenía el valor de no revelar lo que en su espíritu ocurría. Helábase de pavor pensando en que iba á morir maldita al ser del hombre adoradísimo. Iba á morir: se lo estaba diciendo á grandes gritos aquel tremendo y aterrador fantasma. Parecía, Antonio, inspirado de algún sentimiento profundo de piedad, que engrandecía su cariño, como si adivinase lo que por el alma y por la imaginación calenturienta de Emilia pasaba. Trató de atraerla á que sólo pensase como otras veces, en las felicidades, en las alegrías grandiosas de sus ensueños de amor realizados. Era su palabra ardiente, fascinadora,

llena de pasión y de melódicos sonidos. Emilia entornaba los ojos, embriagándose en aquellas inmensas armonías de gloria; ardiendo en aquellos fuegos, que el hálito de Antonio llevaban á su sangre... y, de repente, el espantado espíritu se alejó de todo aquello para contemplar la sombra terrible, larga, escueta, la faz terrosa, las mejillas hundidas, los ojos sombríos, fulgurantes, como la luz de los cementerios.—¡Dios mío! Voy á morir. Pero ¿por qué me espanta la muerte, si muero en sus brazos? ¿Por qué?—Y quedábase contemplando á Antonio con embeleso: oíale palpitante de ansiedad, de locura. Walker defendía su amor después de muerto y le defendía bravamente. Su rival era digno y mantenía la lucha con fiereza: la voz poderosa y vibrante de la pasión, la vida, la juventud, la sangre que rodaba como con estrépito de mundos, luchando todo, con lo impalpable, lo

muerto, las sombras invisibles, la obcecación y lo misterioso... ¡Pero ay! vencía Walker. Lo comprendió así Emilia, y con bravura de leona, levantó en su alma, arrogante grito de protesta: el gran espíritu, saliendo por un instante del falso mundo de oscuridad, tendió las alas, azotó con ellas al espectro invisible, y, con impudicia reveladora de la grandiosidad del esfuerzo para arrojar al abismo la sombra de la muerte, exclamó al oído de Antonio, en acento dulce como una queja:

—¡Durmamos: desnúdame tú, desnúdame tú mismo!

Comprendió Antonio lo que aquello significaba: fué su pensamiento sutil y exquisita su nerviosidad hasta el punto de identificarse con el espíritu y con el pensamiento de Emilia. Ahogó un grito de felicidad suprema, la estrechó frenético, lloró de alegría, la besó enamorado, en los ojos, en la garganta, en las mejillas; la abrazó

más, y exclamaba entre congojas:— ¡Qué grande, qué noble eres! ¡Si no sé cómo decírtelo! ¡No sé cómo expresártelo!—Y la besó, y la acarició, y la estrechó aún: parecía enloquecer, que iba á despedazar entre sus brazos el bello cuerpo. Ella cerró los ojos, loca de felicidad por aquella locura que inspiraba al hombre de su amor: sonreíase en éxtasis supremo, estremeciéndose y doblándose sobre las rodillas y en los brazos de Antonio como una cinta de seda en las garras y los dientes de un león. Pensó en el fantasma, pero fué para desafiarle bravía. Súbitamente se vió desnuda, y el gran sonrojo que brotó á su cara no bastó á disipar la luz de gloria de su pecho: sentíase aún estremecer en los brazos de Antonio, como arista sobre el lomo erizado de la fiera, y en medio de sus rubores contempló á un lado, en el suelo, como brillante hoja caída, la lujosa bata, trofeo glorioso que arran-

có la luz á la sombra. Creyó Emilia volar como en una nube de luz y oro, y era el hombre que la conducía en sus brazos. Quedó al fin puesta la blanca paloma en el altar del sacrificio. Había cerrado ella los ojos, inundábasele el alma en soñados goces, pero al contacto frío del lecho, la joven volvió otra vez á la sombra terrible que daba vueltas en redor suyo, queriendo colocarse entre el esposo y ella; el hielo pareció llegar á su alma, é imploró ayuda del hombre idolatrado, que permanecía allí de pie, contemplándola ansioso. En las medias tintas que la lámpara de alabastro vertía en la alcoba, vió Antonio el rayo de los ojos de su mujer, y una lágrima en aquellos ojos, formando los dos una temblorosa estrella, que á Antonio pareció la de su destino.

—Ven,—decía la temblorosa estrella;—ayúdame, defiéndeme de estas garras invisibles y frías que se me

cogen al corazón. Ven, Antonio; yo soy una lágrima que brota de este corazón espantado, á pedirte ayuda, y al salir á los ojos me convierto en estrella para iluminarte.—Y Emilia con- tuvo un grito de rubor, de placer, de dulces temores, de ansias desconoci- das, al sentir al hombre allí, á su lado... y un golpe gigante á la par, en el ce- rebro, con esta idea:

—¡Voy á ser suya! ¡Llegó la hora! ¡Voy á morir!—La envolvió el hombre en una caricia inmensa; desapareció len- tamente el frío de sus carnes tembloro- sas; dichoso y acongojado á la vez, voló el espíritu de Emilia por no sé qué esfe- ras, pobladas de luminosos espectros; gemía la mujer, no sabiendo si de fe- licidad ó de espanto; sentíase morir, retorciéndose, convulsa, agarrotados los músculos, contraídos los labios, su- dorosa; el hielo se convirtió en can- dentes brasas. No moriría de frío ya: moriría carbonizándose en unas mons-

truosas lenguas de fuego. Dolorida, aniquilada, vió allá en los espacios una luz: era el amor de Antonio; en otro lugar una sombra: era la de Walker. Suspiró vagamente; cerró los ojos; espiró; se vió muerta. Voló á los cielos: eran unos cielos inconmensurables, esplendorosos. Todo sonreía allí: los ángeles entonaban himnos de gloria. Hallábase muerta, y abrió los ojos, sin embargo, entre aquellas dulzuras de los ángeles y de Dios. Habló también, aun estando muerta: habló débilmente mirando á un lado y á otro, sorprendida: —¡Oh, Dios! ¿Qué me pasa? ¿Qué es esto?— ¡Era ya de día! Antonio estaba allí, á su lado, sonriéndose, mirándola feliz. El sol entraba hasta el mismo lecho. Ante la sorpresa de Emilia, se echó á reir Antonio, la besó amoroso y exclamó alegremente:

—¡Arriba, dormilona!

